

Carmen, la de Sabina

Carmen González Batta

Hace muchos ayeres, un cuatro del febrero “loco” del año 1925, nací en un pueblito de los Altos de Jalisco llamado Jalostotitlán. No fue cuando todavía amarraban a los perros con longaniza, pero casi.

Javier mi hermano decía que yo era una mentirosa, pero recuerdo que aún no cumplía tres años cuando vi cómo velaban a otro de mis hermanos. Nunca he olvidado el aroma de las flores que impregnó toda la casa, ni el crujir de las enaguas almidonadas y llenas de pliegues de Chona González, amiga de mamá, que con su vaivén me adormilaban; la cara de esa mujer me daba miedo, nunca la vi sonreír y sólo abría la boca para azuzar a papá para que nos castigara. Ese día me acerqué y dije: “Quiero mi leche”. Con ojos iracundos me la llevó en un vaso de peltre descalabrado y no la quise. Me dio un pellizco y oronda se retiró; por eso desde entonces odio los pellizcos.

Mi madre, Sabina Batta, quedó huérfana de madre a los trece años y vivió varios años en San Luis Potosí con mi abuelo, Sixto Batta, y su madrastra, María de la Torre que, decían las malas lenguas, había envenenado a mi abuela para casarse con él. Ella preparaba polvos en una farmacia y fue una mujer muy cruel con mamá y sus hermanos, al grado de que convenció a mi abuelo para que repartiera a los hijos más pequeños de su anterior esposa en las casas de algunos de los hermanos que ya estaban casados, y solamente se quedaron con los más grandes porque ya aportaban algo a la economía familiar. Eran aquellos tiempos en que, si llegaban los carrancistas, la moneda de los villistas —el bando contrario— ya no era válida, por lo que había que tener dinero de ambos o no se podía comprar nada.

La vida fue muy dura para mamá, que era la única mujer que se había quedado con ellos. Tenía que hacer todo lo que su madrastra le ordenaba. Cada vez que María quedaba embarazada, mamá tenía que salir en la madrugada a ordeñar una burra para que ella tomara esa leche, pues creía que era bueno para el bebé. Curiosamente,

aunque parió diecisiete hijos, sólo le vivieron dos, pues al nacer uno nuevo, el anterior, de apenas un año, moría. Parecía que pesara sobre ella una maldición.

Quizá por eso mi madre contrajo un asma que la acompañó durante toda su vida y adoptó una manera de ser sumisa y callada que le impidió valorar, en la justa medida, todos sus talentos y su belleza. Sus ojos siempre reflejaron la tristeza que llevaba dentro. Tocaba el piano, el chelo, dibujaba y pintaba admirablemente, además de escribir cuentos y versos. Nunca supe si tenía un falso concepto de humildad o una gran soberbia, pues soportó estoicamente todo lo que le sucedía. Tal vez el destino o las circunstancias en que vivían las mujeres de esa época le impidieron valorarse, o le faltó la osadía para enfrentarse a tantas injusticias.

Desde que sus hijos eran pequeños, mi abuelo Sixto, que era músico y compositor, los introdujo en el mundo de las notas. Ya en la adolescencia tocaban en el teatro de La Paz, operetas y zarzuelas con la Compañía de Angelina Iris, hermana de Esperanza Iris: mi madre en el chelo, su hermano Concepción en el contrabajo y Pedro en el violín. La paga que recibían les era recogida por María para ayudar en los gastos de la casa.

Recuerdo con alegría algo que le sucedía a mamá cuando ya vivíamos en Jalos. Yo era una niña, y en épocas de penuria su trabajo como pianista en la parroquia del pueblo o en el Templo del Sagrado Corazón, en bodas o primeras comuniones, nos libraba frecuentemente del hambre. Algunas veces mi madre, que se apasionaba frente a cualquier instrumento, llegaba a embelesarse a tal grado al estar tocando, que empezaba, sin darse cuenta y a media misa, en plena consagración, a interpretar un trozo de La viuda alegre o El barbero de Sevilla, considerada entonces música profana. El padre Mora, hombre culto que conocía de música y apreciaba a mamá, tosía insistente para que ella retomara la música sacra con la que había iniciado. Él sabía que eran lapsus de emoción, debido al ensimismamiento de mamá, pero sé que si las mojitatas del pueblo

se hubiesen dado cuenta de tal herejía, la habrían quemado en leña verde.

Un día mamá estaba enferma y pidió al tío Jo (como llamábamos de cariño al tío José) que tocara en su lugar en un matrimonio. Allí sí se armó el revuelo, pues, por equivocación o intencional-mente, en vez de tocar la marcha nupcial se aventó la marcha fúnebre.

Mi madre, que había nacido en Jalostotitlán, regresó en su juventud a su pueblo natal a vivir con uno de sus hermanos casados, qui-zá huyendo de la vida terrible con María de la Torre. Trabajó de maestra y pudo mantener su condición de soltera durante un tiempo, y sé que tal vez nunca la habría abandonado si se lo hubiesen permi-tido. Pero las circunstancias de la sociedad de entonces, en la que las mujeres a cierta edad debían buscar un respaldo masculino que las protegiera de la inseguridad que reinaba, la orilló a casarse.

Irónicamente, todo lo tímida, sensata y sumisa que era mamá, contrastaba con la forma de ser, astuta, soñadora y despreocupada de mi padre, con quien vivió hasta su muerte.

Nunca supe en realidad qué trabajo desempeñaba mi padre, pero siempre decía que era apolítico, aunque trabajaba para el gobierno. Lo que sí recuerdo es que poco tiempo después de la muerte de mi hermano, tuvimos que salir huyendo de Jalos, como lo llamamos cariñosamente los que nacimos ahí. Los cristeros andaban sueltos y un tal Miguel Rábago, que era ateo, quería acabar con los “fanáticos”. Tenían una lista de ellos, en la que aparecía casi to-do el pueblo. Mis tíos, hermanos de mi papá, se fueron a León; otros a Aguascalientes y nosotros enfilamos rumbo a Guadalajara.

Salimos hacia allá en un camión de redilas que se descompuso como a las cuatro de la mañana en pleno campo. Mi papá nos al-can-zaría después. Ya tenía tres años y recuerdo que unas mujeres que iban en el camión, y que según mi mamá eran medio locas, como les decía a las de reputación dudosa, encendieron una fogata y empezaron a cantar. La luna estaba refulgente; alguien llevaba unas gallinas que desplumaron para hacer un caldo. El chofer le dijo a mamá que se

quedara dentro del camión, con nosotros, Luis, Alfredo y yo, porque hacía frío, y nos acomodamos en la parte de adelante. Una mujer le pidió a mamá una olla; les prestó una tina que llevaba, creo era en la que nos bañaba o lavaba ropa, porque cuando le ofrecieron del caldo lo rechazó tajante, pues le daba asco.

El chofer estaba angustiadísimo porque no sabía qué hacer con nosotros. Mamá, al estar dentro, movió algo y el camión empezó a hacerse para atrás; todos corrieron y alguien dijo: "Ya lo hizo caminar"; pero resultó que sólo caminaba en reversa, para adelante no. Al otro día lo arreglaron y seguimos nuestro viaje.

Llegamos a Guadalajara y vivimos un tiempo en la calle de Reforma, donde tuvimos un perro, el Bovi, al que todos querían mucho, menos mi mamá, y que luego nos lo robaron. Ahora pienso que mamá lo desapareció.

Poco después nos fuimos a Sayula. Sé que mi papá andaba con Ávila Camacho porque íbamos de día de campo con su esposa doña Chole; aún conservo esas fotos. Disfrutamos mucho ese tiempo, aunque teníamos que irnos de una casa a otra, huyendo para que no encontraran a mi papá. Iban unos hombres y cargaban nuestros colchones para que tuviéramos en qué dormir. Creo que lo perseguían los cristeros, quizá porque no comulgaba con sus ideas. Curiosamente, a Gustavo, mi hermano, que nació ahí, en Sayula, lo bautizaron en una casa, a escondidas. Mi papá era del bando que le convenía; o quizá la presión de mamá, que era sumamente creyente, le impedía oponerse a ello.

Cuando vivíamos en Sayula, papá hacía negocios que no puedo olvidar, como aquella vez en que compró una tonelada de ajos. Todo el patio de la casa estaba lleno de ajos. Veíamos ajos por todos lados. Y resulta que no los pudo vender; llegó el tiempo de lluvias y se mojaron, entonces los tuvo que tirar. La casa quedó eternamente perfumada.

Después llevó a un trío famoso, creo que se llamaba el Trío Garnica Asencio. También inició una compañía de teatro. Como las obras no

eran aptas para menores, jamás nos dejó mamá ir a un espectáculo. Un día Luis, mi hermano el mayor, se fue a escondidas, y el muy tonto llegó platicando que había levantado la tela de la carpa (porque eso era) para ver las piernas de las señoras que bailaban. Mamá, enojadísima, se dedicó a prender veladoras para que fracasara el negocio. Los santos la escucharon o las veladoras surtieron efecto, pues papá perdió todo lo invertido.

Poco después mi papá vendía mangas de hule a los soldados. Dos de ellos se hicieron nuestros amigos y nos llevaban a ver pasar el tren en la estación montados en sus caballos.

Una vez hubo una kermés. Alrededor de la plaza colocaron alambre de púas para que sólo entraran los que pagaban. Nosotros estábamos dentro, cuando de pronto escuchamos gritos que decían: "¡Vienen los cristeros!" La gente empezó a correr por todos lados y vi cuando un hombre resbaló sobre las púas y éstas le sacaron un ojo. Lo tengo grabado como si lo hubiese visto ayer.

Cuando vivíamos en Sayula teníamos una "ortofónica"; era muy alta, medía como metro y medio. Mi mamá ponía un disco que decía: "Carranza, Carranza, tu pueblo te llora..."; creo que se refería a un aviador que se mató. Mi hermano Alfredo lloraba inconsolable y a moco tendido al escuchar aquel corrido, por lo que mamá nos prohibió volver a oírlo; pero a mí me gustaba molestarlo y verlo llorar, así que en cuanto podía, me subía a aquel mueble enorme a poner el disco. Un día me caí y me rompí un brazo. Me llevaron con un médico militar que me lo enyesó y me lo amarró a una piedra que colgaba de una silla durante el día, y de la cabecera de la cama, de noche. Es una de las torturas que no han descubier-to los actuales judiciales.

Tuvimos que regresarnos a Guadalajara porque otra vez andaban buscando a mi papá. Nos fuimos en el tren, que en el trayecto se descarriló porque los cristeros habían cortado un pedazo de vía y el maquinista no se percató de ello. Algunos vagones quedaron con las ruedas hacia arriba, y yo de un lado del tren y mi familia del otro. Para variar, un militar que me encontró bañada en llanto me

reunió con ellos. Al rato aquello parecía una feria, pues llegaron vendedores con güilotas asadas de Zacualco, dulces y todo tipo de vendimias. No recuerdo cuánto tiempo esperamos ahí, hasta que pudimos continuar el viaje.

Llegué a Guadalajara casi de cuatro años, porque hice mi primera comunión ahí antes de cumplir cinco. Mi hermano tenía siete, y recuerdo claramente cuando el padre Huerta dijo: "Es necesario que esta niña haga su primera comunión, es muy despierta". En Guadalajara nació mi hermana Margarita y después Javier, del que fui madrina de bautizo a los escasos siete años. Como ven, mamá tenía niños fácilmente y se mofaba de ello diciendo: "Es que cuando no estoy presa, me andan buscando".

Vivíamos enfrente de la Casa de los Perros, que ahora es Cazadores de Guadalajara. Decían que en esa casa asustaban, y ofrecían miles de pesos al que durmiera en ella una noche. Noche a noche me iba a asomar a las ventanas de la casa embrujada para ver los fantasmas y ganarme así ese dinero, pero jamás lo conseguí.

Como mi hermana era mucho más chica, yo jugaba con los hombres. Era amiga de el Diablillo, y con mis hermanos nos trepábamos a las calandrias. El chofer le daba de cintarazos al caballo para que no nos fuéramos de moscas. Los hombres, muy caballerosos, me dejaban a mí en medio y ellos eran los que recibían los golpes.

Después mi papá se fue a Iquala a poner ahí un casino. Le iba muy bien. En seis pomitos iba echando monedas de oro que nos entregaba cuando venía a vernos. Con esas monedas nos comprábamos lo que queríamos. Una vez me compré una muñeca, que era más grande que yo, y también una casa de madera, que tenía hasta oratorio. Mamá le sembraba lentejas en la parte de afuera que, al germinar, parecía pasto. Tenía mueblecitos de madera y los candelabros y la custodia eran de plomo. Me metía a gatas en ella. Mis hermanos se compraron caballos de cartón, y Luis, el mayor, sus libros que le gustaban. Yo tenía mis zapatos festales, domingales, escolares, casales, etc. Fue una época de bonanza. Mi madre tenía

una recámara francesa que se desbarataba y se guardaba toda en una sola caja.

Un día nos fuimos a pasear a Iguala y de ahí mi papá nos mandó a Acapulco con un chofer. En Acapulco, en ese entonces, sólo había unas cuantas casitas de madera y a una de éstas llegamos, porque todavía no existían los hoteles. Estuvimos ahí una semana y después regresamos a Iguala y luego a Guadalajara. Todo esto fue antes de que mi papá se enfermara.

Recuerdo aquella vez en que llegamos a Iguala, a un restaurante que también era de mi papá. Un negro se acercó y le cantó a mi mamá: "Vengo a cantarte mujer, mi más bonita canción...", una pieza que mi papá siempre le dedicaba. En varios de esos viajes iba con nosotros mi prima Lola Batta, que era como espinita: delgadita, delgadita (después de unos años era un tambo). Un poco antes de que ella se casara, fuimos a uno de los bailes que se llevaban a cabo los sábados en el casino. Lola llevaba un sombrero de ala ancha, y llegaron dos muchachas que me parecieron bellísimas; me quedé con la boca abierta. Una iba toda de color azul y la otra de rosa, con unos sombreros y unos vestidos preciosos. Yo, impresionada, dije que quería ser como ellas. Quería acercarme para verlas, pero Farfán, un amigo de mi papá dijo: "Ni lo intenten porque apestan horrible". Yo, atraída por su atuendo y por el comentario, me acerqué como pude y comprobé que sí, apestaban. Efectivamente, se quedaron sin bailar porque nadie quería sacarlas por eso.

Farfán pidió permiso a mis papás para bailar con Lola, porque le gustó, y mi mamá dijo rápidamente: "De ninguna manera, ella está comprometida en México con Jesús Muñoz y no puede bailar". Mi papá le dijo: "No seas ridícula, qué tiene de malo que baile con Farfán, es mi amigo", pero mi mamá no accedió. Farfán se quedó serio, como perro ensuciando.

Poco tiempo después de aquel memorable viaje, mi papá empezó a enfermarse de los nervios. Aunque no tomaba nada de alcohol, trabajaba de día y de noche y, para aguantar, tomaba mucho café.

Nosotros seguíamos viviendo en Guadalajara, y como él estaba lejos, cuando iba a vernos celaba mucho a mi mamá; fue terrible la vida a partir de entonces. Recuerdo un día cuando llegó: todos corrimos a escondernos porque parecía muerto fresco, todo verde, verde y temblando. Le abrimos la puerta y, a partir de ahí, nuestra vida cambió. Según me contó mi mamá (porque era a la única a la que le decía todo, pues mi hermana era muy chica y a mis hermanos no les confiaba nada porque eran hombres), mi papá ponía hebritas de hilo pegadas con cera de Campeche de un lado a otro de la puerta para saber si salía en la noche para verse con los amantes.

Él era una persona muy nerviosa. Una vez quería encender un brasero para que todos muriéramos, porque ya no quería que viviéramos, pues pensaba que mi mamá le había sido infiel mientras él estaba en Iguala. Todas esas historias espantosas de celos se acrecentaron a partir de entonces. Nunca supe lo que le pasó, porque después de algunos años se le quitaron sus locuras. Lo que sí sé es que sus padres lo “desheredaron” por haberse casado, y porque era medio bohemio y medio destartalado. Su familia tenía una forma de ser muy peculiar, y al morir sus padres, el tío Benjamín, la tía Lola y la tía Beatriz vivieron siempre juntos y solteros. Aunque tenían propiedades y dinero, vivían como si fueran muy pobres.

Ahí, en Guadalajara, yo tenía un amigo al que le decían el Cope-te. Era hijo de una familia humilde. Su mamá le ayudaba a la mía en sus quehaceres. Un día, sin más, llegó mi papá y le dijo a mi mamá: “Mañana nos vamos a Jalos”; a lo que ella respondió: “Pero ¿cómo nos vamos a ir, Guadalupe?” Y él: “Lo que quieres es avisarle a tus amantes; nos vamos mañana a las cinco de la mañana; ya tengo contratado al Rorro para que venga por nosotros”. El Rorro era uno de Jalos que tenía un camión. Mi mamá todavía pidió: “Déjame avisarle a la mamá de el Copete para que cuide a mis pajaritos”. Mi papá, enojado, se lo prohibió: “No, señor, lo que quieres es mandarles recados a tus amantes”, y no la dejó ir a avisarle.

A las cinco de la mañana nos subimos al camión con dos o tres colchones y unas cuantas cobijas. Luis agarró sus libros; yo, unas

muñequitas; y mis hermanos, sus caballos de cartón, y ahí vamos. Durante todo el trayecto sólo escuchábamos a los cargadores que iban con el chofer y le decían: “Que siga la güella... y que ahí va la güella, y que no, que la güella no es por ahí”, pues el camino estaba lleno de lodo. Total, que desde las cinco de la mañana que salimos, llegamos hasta las once de la noche a Jalos. La luz del pueblo eran unos foquitos que parecían oranchitos colgados, y se apagaban al cuarto para las diez de la noche, por lo que cuando llegamos todo era tinieblas y no teníamos ni una vela. La noche era negra y de tormenta. Con una alambra quitaron la aldaba del zaguán de aquella casa. Pertenece a mis tíos, que la habían abandonado cuando se fueron huyendo de la revolución cristera, pues eran muy católicos y los querían matar. Dejaron todo. A tientas jalamos los colchones que llevábamos y, sin desvestirnos, nos acostamos a dormir amontonados en la pieza que daba a la calle. Al día siguiente fue el despertar amargo. Al frente del zaguán estaban comedor y cocina; un patio intermedio con un laurel, una bugambilia y un granado. A la derecha las piezas oscuras, así las bautizamos. Las paredes eran como de un metro treinta centímetros de ancho, los techos altos. Parecía que se entraba a un calabozo.

En la pajarera de mi abuela quedaron los muebles de bejuco y una cama de tambor sumido que parecía una cazuela. En una de las paredes de este cuarto se veía pintado un enorme cazador tirando a unos pajarracos, casi borrados, que caían muertos o heridos.

Arriba de la pileta estaba el guayabo que, según contaban, había nacido solo, pues junto a él habían lavado los pañales del tío Mín (Benjamín), que había comido guayabas, y que uno de esos huesitos se había convertido en el árbol. La cocina estaba enfrente del comedor y todo se calentaba con carbón. Del primer patio al segundo había un caño, por donde yo le pasaba a Alfredo mi hermano sus conchas de pan cuando lo castigaban en el corral, por haberse ido a bañar a Las Canalejas, que eran unas charcas de aguas profundas.

Las piezas oscuras habían sido las recámaras de las tías solte-

ronas, en las que estuvieron casi prisioneras durante su juventud, protegidas del mundo.

En el corral se hallaba una enorme pila de cantera de una sola pieza donde bañaban a la Virgen de la Asunción, patrona del pueblo. Mi tío Benjamín vendió después la pileta al museo de Guadalajara, donde está todavía. Lo que era la caballeriza estaba llena de ratones que vivían con renta congelada. Irónicamente apareció un gato, flaco, bizco y canoso que me recordó a Chona por su cola tiesa y mugrosa. El olor a humedad y vejez era insoportable, pero lo que más me impresionó cuando llegamos fue la fosa séptica con una cortina de tela deshilachada y sucia. Esta fosa sería después una gran diversión para mis hermanos y para mí, pues pasaba horas arrojando papel encendido y ladrillos o piedras en ella, para ver cómo se sumergían.

Poco después me agenció unos palomos: el Anteojo, que tenía dos círculos negros alrededor de los ojos, y su compañera, la Pelona, que tenía el cuello sin una pluma. El celoso de el Anteojo la picoteaba, y ella, sumisa, se dejaba. También tuve conejos, asolados permanentemente por el gato flaco, que los confundía con ratones. Una vez en que enojada perseguía a aquel gato porque se comía a los conejitos recién nacidos, vi cómo de un extremo a otro de la pajarera caminaban una luz amarilla y otra azul. Cuando se lo platiqué a mamá, me dijo que quizá se trataba de algún tesoro enterrado, pues cuando la gente de entonces salía huyendo, enterraba su dinero y, junto con él, al que hacía el agujero. Eso me incitó a dedicarme, durante buena parte de mi niñez, a buscar aquellos tesoros escondidos, lo que algunas veces me ocasionó serios problemas con el tío Mín.

Meses después de haber llegado, entre mi hermano y yo convertimos el famoso corral en circo, plaza de toros, cine, salón de belleza, etc. Mi mamá se iba a su junta de Madres Cristianas y nosotros aprovechábamos para hacer nuestro "agosto". Me confeccioné unas zapatillas de raso y una capa de satén con una colcha de mi mamá que despedacé sin compasión. Al centro del corral ha-

bía una montaña de arena que Mín tenía para reparaciones de la casa. La inspiración nos llegó a Alfredo y a mí cuando visitaron el pueblo los títeres de Rosete Aranda, pues empezamos a hacer nuestras propias representaciones. En el convite para aquel acontecimiento, sacaban un pobre oso trasijado que tocaba un pandero y que, al grito de su verdugo: “¡Chundare, chundare!, Patricio”, daba volteretas como epiléptico.

Empezamos cobrando un centavo por función. Se atiborraba de chamacos que, emocionados, esperaban el grito de Alfredo que a voz en cuello exclamaba: “¡Chundare, chundare!, Changa” (mote que me habían puesto mis hermanos). Yo, preparada en el techo de la azotea de casi siete metros de altura, al escuchar a mi hermano, saltaba al montón de arena ataviada con la hermosa capa verde y mis bellas zapatillas. Totalmente encarnada en mi papel de cirquera, volaba por los aires sintiéndome un pájaro, animal que siempre me ha cautivado porque simboliza para mí la libertad y la fragilidad.

Un día, como tenía que suceder, caí fuera de la arena y me des-quebrajé todita. Sin embargo, esto no fue obstáculo para seguir recreando mi fantasía, que me ayudaba a evadir las carencias que padecíamos, además de que con ellas conseguía unos centavos que gastaba en los antojos que no podía cumplir de otra manera. Como tuvimos éxito, después organizamos corridas de toros, que eran menos riesgosas. Con las tablas de una cama simulamos unas gradas. Alfredo confeccionó una carretilla de madera con un clavijero de cuernos al frente y una penca de nopal para clavar en ella las banderillas, hechas con un palo que llevaba en la punta un cla-vo y muy adornadas con papel de china de colores. Yo siempre era la reina, vestida con un mantón amarillo deslavado que perteneció a mamá y que tenía unos enormes flecos. Detrás de la oreja me colocaba unas flores de papel. Mi hermano, desde entonces, ya pintaba para torero haciendo las mejores faenas. Tiempo después, en su juventud, se convirtió en el Jalos, conocido novillero que llegó a torear en la famosa Plaza México. Más adelante hicimos un cine con muñecos de

papel que recortábamos de periódicos y revistas que nos obsequiaba Pancho Please, tío que por haber viajado al Norte incluía el “please”, en todas sus frases. A esos re-cortes les pegábamos un popote con cera de Campeche o chicle. Colocábamos una vela detrás de ellos y una sábana al frente, y empezaba la función. Un día, al caer la vela sobre la sábana, casi provocamos un incendio.

Todo esto sucedía mientras la casa de Guadalajara se encontraba en total abandono. Mi mamá, recordando todo lo que ahí había dejado, pedía insistentemente a papá que dejara ir a mi hermano Luis a traer algunas de las cosas que se habían quedado allá y que aquí necesitábamos.

Finalmente mi papá accedió a que fuera mi hermano, quien al regresar nos contó cómo se habían secado los pajaritos de mamá dentro de sus jaulas. Desde ese momento me juré a mí misma nunca aprisionar un pájaro. Por eso en la actualidad, en el jardín de mi casa, alimento a los pájaros libres que desean bajar a comer, y cuando un gato aparece, le lanzo uno de los cohetes que tengo para tal efecto y en buenas cantidades.

La recámara francesa de mamá se quedó en aquella casa junto con las épocas de bonanza que tuvimos. De lo poco que se rescató, recuerdo un juego de copas esmeriladas y unas charolas de plata que mamá utilizaba en sus cenas; algunos libros, que aún conservo y que son publicaciones del siglo XIX, entre ellas un inventario de mi abuelo paterno en el que habla del menaje y las propiedades que poseía su familia tiempo atrás, y el valor que cada cosa tenía. Hace poco, al releerlo, llamó mi atención lo que ahora menciono:

Una vaca recién parida con becerro... seis centavos

Una borcelana francesa con flores... diez centavos

Unos candelabros franceses... dos reales

La primera parte de ese inventario creo que fue elaborada alrededor de 1700, pues está firmado por un tal González Hermosillo,

que tenía el cargo de Capitán de los Ejércitos, y está escrito, en buena parte, en español antiguo. El nombre de este ilustre caballero figura en una de las calles de Jalos, pues ahí nació.

Cuando mis tíos se fueron huyendo, se perdió otro valioso libro de mi abuelo que tenía pastas de piel y que era una maravilla, pues él se había asumido como cronista del pueblo y relataba, con gracia e ironía, todo lo que sucedía: entierros, depósitos de jóvenes casaderas en algún domicilio de gente respetable, que se hacían a pesar de la furia del padre de la muchacha. Recuerdo el caso de Aurora Jiménez, a la que su padre no le permitía casarse con Guadalupe Tostado debido a que corría el rumor de que había matado a alguien en Guadalajara. A Aurora los jueces la sacaron de su casa y la depositaron en casa de la familia Lomelí hasta el día de la boda.

Mis tíos, Benjamín, Lola y Beatriz vivían en ese entonces en León, pero mi tío Mín iba cada mes a Jalos porque era adorador nocturno del Santísimo Sacramento y miembro de la Vela Perpetua, herencia honorífica que se entregaba a los que pertenecían a familias "bien", como decían entonces. Ahora sé que había mucha discriminación, pues los carniceros, carpinteros o albañiles, ¡qué esperanza que aspiraran a casarse con alguna hija de un Rábago, un Tostado o un González!, aunque dichos "privilegiados" hubieran matado a alguien, fueran borrachos o tuvieran amantes. Esa herencia se la dejaban al más decente de los hijos. Mi abuelo Secundo, padre de mi papá, se la heredó a Benjamín por considerarlo el más sensato. La vela se vendía a precio de oro. Sé que mi papá la habría rematado al día siguiente de recibirla. Él era una persona desinteresada de las riquezas, un idealista: así como recibía algo, se lo gastaba o lo regalaba sin miramientos. Mi mamá contaba que, antes de conocerla a ella, mi padre le aventaba listones franceses en lugar de serpentinas a una novia que tuvo, y que fueron tantos que con ellos se hizo un vestido aquella muchacha.

Mis hermanos y yo temblábamos cuando sabíamos que iba

a venir Mín, que era miserable a morir. Cuando llegaba, recorría toda la casa, y aunque estaba en ruinas, él revisaba que todo estuviera como quería. Yo había escuchado que sus viajes eran también para verificar que las joyas y el dinero que había enterrado estaban a salvo, pues no se los había llevado en su huida para protegerlos. Por ello, mientras él no estaba, Alfredo y yo nos dedicábamos a buscarlos. En ese entonces era común que la gente lo hiciera, y decían que si la pared sonaba hueca, que ahí estaban. Por eso tamborilábamos paredes panzonas buscando aquellos tesoros. Las piezas oscuras fueron nuestras predilectas: en ellas hicimos decenas de agujeros hasta dejarlas como coladeras. Nunca encontramos nada. Después de la euforia, nos entraba el miedo al pensar que tío Mín se daría cuenta, por lo que cada mes, y antes de que él llegara, tapábamos los hoyos con fotos de toreros y artistas: Lupe Vélez, Shirley Temple (que era mi ídolo), Jean Harlow, Rodolfo Gaona, Pepe Ortiz, Carmelo Pérez y Lorenzo Garza, entre otros, adornaban las enormes paredes de las piezas oscuras. También improvisé un salón de belleza para taparle el ojo al macho. Des-baraté un muñeco de sololoy, no recuerdo si con thiner o alcohol, para hacer barniz de uñas, y en un brasero con carbón encendido ponía unos pedazos de varilla gruesa para calentarlos y hacer los chinos de los peinados. Con yema de huevo y leche elaboraba las mascarillas que colocaba cuidadosamente a las pobres incautas que caían en mis manos. Obviamente, todo esto lo cobraba, excepto a mis amigas.

Un día que mamá fue a su junta de las Madres Cristianas y Luis a jugar billar, Alfredo y yo aprovechamos la ocasión para buscar el tesoro. Ya habíamos hecho hoyos por toda la casa, sólo nos faltaba la habitación que daba al frente de la plaza. Como era muy grande, el tío la había dividido; la mitad la rentaba a Chindo, el carnicero, y la otra parte la habitábamos nosotros.

Sin piedad empezamos a dar marrazos en cada lugar donde mirábamos el menor abultamiento de las paredes. Descubrimos un enorme chipote atrás del ropero desvencijado y nos ensa-

ñamos con él; la emoción y el susto nos dejaron turulatos: la esquina del cajón de muerto estaba ahí ante nuestros aterrorizados ojos. ¿Qué hacer? Muerta de miedo, me quedé vigilando el cajón, Alfredo corrió al billar a llamar a Luis, y Gustavo fue el emisario para que avisara a mamá de tal hallazgo. Como los niños no podían entrar a las juntas, Gustavo se las agenció para lograr, con tosidos, que una mujer volteara y que el susurro de “Sabinita”, como llamaban cariñosamente a mamá, recorriera el sacro recinto hasta donde se encontraba ella, que salió despavorida preguntando:

—¿Qué pasó?

—¡Mamá, mamá! —dijo Gustavo jaloneándole el vestido—, encontraron mis hermanos el tesoro.

Cuando llegó y vio el cajón, sólo exclamó:

—¡Ave María Purísima!, déjenme traer la campana consagrada.

Encendió la vela del Santísimo, que se prendía cuando había algún moribundo, y temblando, dimos los últimos marrazos. Vimos una lucecita y un ojo al tiempo en que escuchamos la voz de Chindo, el carnicero, que nos decía burlón:

—¡Ora sí, muchachos!, cuando venga Mín, los va a matar. Me están tirando el mostrador.

Para tapar ese hoyo, todos tuvimos que mover el ropero desvenecijado. Cuando al fin de mes llegó Mín y se percató de lo sucedido, lo menos que hizo fue querer ahorcarme, pues me consideraba la incitadora. Recuerdo todavía la voz de mamá desesperada que le decía:

—¡Benjamín, por el amor de Dios y el Santísimo Sacramento, suéltala!

Varias veces sucedió lo mismo, como aquella vez en que me subí al guayabo para pasarme a la azotea, pero como había llovido mucho y la casa era vieja, la canal se vino abajo junto conmigo. Como temíamos la reacción de Mín, propuse a mis hermanos que arrojáramos la canal a la fosa séptica para que no la viera. Creímos haber consumado el crimen perfecto, cuando Mín se percató de ello

y volvió a pescarme. Mientras me estrujaba me decía:

—¿¡A quien le vendites la canal!? ¿Qué hicites con ella? ¡Dime dónde está!

Cuando me libré de sus manos, tomé un periódico, lo eché a la fosa y le dije:

—¡Asómate! Ahí está tu canal.

Pero como no vio nada, cogió un palo y movió y movió aquello sin encontrar nada, y mientras eso hacía, me desaparecí.

Era Mín tan avaro, que una vez que fuimos a visitarlo a León, antes de la cena nos preguntó:

—¿Quién quiere un centavo y no cena?

Sin más, contesté:

—¡Yo!

Rápido, y para mi sorpresa, me dio el centavo. Me dormí con una orquesta de tripas hambreadas en la barriga, y en la madrugada me levanté buscando una caja de galletas que había visto guardar en una vitrina bajo llave. Quise robarme una, pero me fue imposible. A la mañana siguiente nos preguntó:

—¿Quién da un centavo y se desayuna?

Tuve que dar mi centavo para tomar aquel frugal desayuno. Mis hermanos, entonces, fueron los que no desayunaron.

En León los tíos tenían una lechería que atendían mis tías, Beatriz y Lola, que eran un pan de buenas y nos adoraban. Su casa siempre estaba muy arreglada, pero Mín no les daba para comer. Les recogía el dinero de la leche y les dejaba sólo tres centavos: uno para fideo, otro para tortillas y el último para manteca. Mi tía Lola era modista cachiruca y mal hecha, pero cosiendo algo sacaba, y cuando íbamos de vacaciones me daba hasta para ir a la lucha libre, adonde íbamos junto con otros primos que vivían también en León.

La avaricia del tío era increíble. Las malas lenguas decían que había pedido permiso al señor obispo de Guadalajara, Garibi Rivera, para casarse con la tía Lola, su hermana, ya que alegaba que de todas maneras la tenía que mantener. También decían que alguna vez tuvo una novia en Jalos, María Ventanillas, apodo que recibió debido a

que Mín la espío una vez desde la azotea y a través de la ventana la vio vistiéndose, por lo que se le quedó lo de Ven-tanillas. Ella, en realidad, nunca fue su novia, y la primera y única vez que el tío se emborrachó y hasta gastó en la renta de un coche, fue por decepción al darse cuenta de que no lo quería.

Su forma extraña de ser no obstaculizaba que fuera trabajador, pues siempre buscaba la manera de tener dinero. Vendía pájaros, zapatos y ropa de bebé que compraba en Jalos o en San Juan de los Lagos y los llevaba a Fresnillo o a Veracruz. Los pájaros los ofrecía en La Lagunilla, en la ciudad de México. Cuando llegaba a Jalos, teníamos que dejarle la cama de los cuartos oscuros para dormir. Yo escuchaba que se reía y hablaba solo. No podía seguir con esa incógnita. “¿Qué hace?”, me preguntaba. En la pajarera había un boquete hacia el corral, y una ventana que se había podrido, así es que una noche, furtivamente, por ahí me metí a espíarlo. ¡Qué espectáculo!: una sola vela prendida y Mín sin pantalones, vestía unos calzones de jareta, todos llenos de bolsitas. De ahí sacaba monedas y las iba acomodando en torrecitas sobre la cama. Cuando terminó, se rió con convulsiones al punto de la lágrima.

Para entonces yo tendría diez años y aún recuerdo la repugnancia y lástima que sentí por él. No me pude contener: entré como bolido, salté sobre la cama y, brincando en ella, grité:

—¡Te robo, Mín!, ¡te robo, Mín!

Saltadero de monedas por todo el cuarto, ya imaginarán la alharaca; él queriéndome pescar, la aldaba de la puerta puesta y mamá afuera llorando al oír mis gritos, pues él me correteaba con unas enormes tijeras en la mano y con los ojos fuera de órbita me decía:

—¡Daca lo que me robates!

Como él no sabía por dónde había entrado, por el hoyo por donde entré me escapé.

A pesar de las carencias, entonces todavía no estábamos tan mal, pues mi papá tenía el guardadito de lo que había ganado en el casino, ¡pero ocho años viviendo de ese guardadito y ocho bocas comiendo

de él!, al poco tiempo se acabó. A veces, lo único que tomábamos era la leche que mamá Mila nos fiaba. Ella era la abuela de las que serían mis mejores amigas. Toda la vida les dijimos "las González" y creo que éramos parientes, pero nunca lo investigamos. De cualquier manera, nos quisimos mucho. Ellos eran de los más ricos del pueblo y vivían en las dos casas contiguas a la nuestra. Siempre tenían "recogidas" y servidumbre abundante: planchadoras, torteadoras con todo y familia, nanas, en fin, en total vivían en la casa diecisiete personas, además de los mozos y medieros de las haciendas. Su mamá, doña Alejandra Pérez, era una mujer sumamente caritativa y cristiana. No les permitía a sus hijas tener amigas, ni por más parientes cercanas que fueran. La familia constaba de don Guadalupe el papá, doña Alejandra, siete hijas y dos varones. La abuela, a la que llamábamos mamá Mila, vivía justo a un lado de mi casa, y su hija, doña Alejandra, al otro lado.

Nuestra amistad comenzó un día en que fui a quejarme con ella por algo que habían hecho sus hijas Josefina, Toña y Lupe. Como yo venía de la ciudad, cuando llegué creían que era una en-greída, por lo que primero les caí mal. Quizá por eso, una vez que acomodé mis muñecas de cartón en un canal que venía de su casa, ellas, asomadas desde la suya, aventaron agua por él con la intención de echármelas a perder. Debo decir que esas muñecas, que yo recortaba de los periódicos, lucían en trajes de baño (después supe que su mamá no las dejaba ni verlas porque, según ella, estaban semidesnudas). Todas se mojaron, y yo, muy enojada, fui con su mamá a quejarme. Ella, muy amable, me invitó a pasar a su casa. Pienso que llamó su atención mi arrojito y sintió ternura por mí. Las regañó y les dijo que jugaran conmigo.

A partir de entonces, yo les contaba películas que había visto en Guadalajara; hicimos una obra de teatro y, mientras nosotras jugábamos, doña Alejandra pasaba con disimulo por donde estábamos. Ahora comprendo que lo hacía para indagar qué clase de niña era yo. Se dio cuenta de que era una niña "loca sana", como me dice mi

hermana Margarita. De ahí en adelante, casi vivía con ellas.

Cada vez que huelo queso, recuerdo esa casa y algo que sucedió en ella y que se me quedó muy grabado. El día que nació su hermano Pancho, el más pequeño, estábamos jugando y llegó la nana y les dijo:

—Ya tienen un hermanito —dijo en tono solemne, y todos preguntaron al unísono:

—¿De dónde lo trajeron?

—Estaba enterrado en la pared de la bodega del queso.

Todas corrimos hacia allá y le pedimos que nos enseñara el agujero, a lo que ella contestó:

—Estaba atrás de ese armario, pero ya lo taparon.

Debo decir que en ese entonces, cada vez que alguien iba a dar a luz, decían que el niño o la niña estaba enterrado en la pared y que de ahí venían. Después sería la cigüeña. Ahora, los pequeños saben más que uno de esas cosas.

Mi niñez al lado de ellas fue un regalo de Dios, pues yo disfrutaba de todo lo que tenían y me convertí en un miembro más de la familia.

La vida continuaba junto con nuestras carencias que, ahora recuerdo, llevaron un día a Gustavo mi hermano a cometer un acto indebido. Él fungía como campanero, monaguillo, sacristán, etc., para sacar unos centavos más. Un día llegó muy espléndido con bastante dinero; mamá, que era honrada a cuenta cabal, dijo asustada:

—¿De dónde sacaste el dinero?

Después de amenazas y regaños confesó con voz llorosa:

—Tomé de las alcancías de limosnas para los pobres y ánimas del purgatorio.

—¿Por qué de las ánimas y de los pobres? —insistió mamá.

—Algún día me voy a morir y voy a ser ánima. Además, estamos bien pobres.

Mamá, conmovida, lo único que hizo fue mandarlo a confesarse y devolver lo robado. El comprensivo padre Mora lo perdonó y el pueblo siguió escuchando las campanas que Gustavo tocaba a vuelo,

causando la envidia de los envaselinados muchachos ricos que lo veían embobados columpiarse colgado del badajo, que salía a uno y otro extremo fuera de la torre.

En esos tiempos, y a mis escasos doce años, tenía que usar la manga dos dedos abajo del codo, pues la línea que se forma al doblar el brazo hacía pensar mal a los hombres. La falda, dos dedos abajo del chamorro, debido a que el señor cura decía que ambas partes del cuerpo provocaban malos pensamientos. Tenía a sus detectives, y cuando se cercioraban de que alguien violaba las reglas, iban corriendo a avisarle. Entonces se las brincaba al día siguiente en la fila de la comunión, con suspiros de dolor por parte de él y la vergüenza total de las afectadas, que quedaban en evidencia.

Los jueves de cada semana había funciones de cine. Nos enterábamos de su llegada porque en el altavoz se escuchaban las canciones populares de la época. Juan Hermosillo era el flamante empresario que, conociendo la calidad de la melcocha de ese pueblo (o sea, lo mojigatos que eran), casi siempre exhibía películas de clasificación "A", apta para menores, porque había las "B", que eran para criterio formado; "B1", para personas de criterio y moralidad segura; "C" o prohibidas por la moral cristiana; "C1", no sólo no deben verse, sino combatirse. Un día llevó *La Zandunga* de Lupe Vélez, que era de las prohibidas porque se besaban con "descaro".

Recuerdo una ocasión en que anunciaron desde temprano, en la iglesia, que la película que iban a exhibir estaba prohibida. Escuché cuando María, la de Pepa, dijo a mamá:

—Imagínate, Sabina, en la película se escuchan gritos de una parturienta que está teniendo a su niño (siempre nos habían dicho que los niños estaban enterrados en la pared).

Escuchar eso me bastó para que me pusieran la Chilladora (objeto con el que se azuza a los toros). Sonaqué a la Güera de Cheyo, me puse unos lentes que había olvidado un primo gringo que vino de paseo, un chal, y dije a mamá que iba a la bendición del San-tísimo a las nueve de la noche. Nos fuimos al cine. Cerca de la taquilla estaba un

charro de sombrero galoneado y paliacate rojo hasta la boca. Por un momento pensé conquistarlo, pero ¡oh sorpresa!, el ensombrerado me tomó del brazo y reconocí su voz al mencionar mi nombre. Era el padre Alberto Jara disfrazado, cazando desobedientes. Llegué a casa espichada y silenciosa. Al siguiente día, tempranito, me unté ajo en el sobaco para que me diera calentura, según decían. No quería ir a misa a darles el gusto de que me brincaran en la comunión.

En la escuela siempre fui el primer lugar en todo lo que eran conocimientos, pero en conducta, que entonces se calificaba semanalmente, siempre tenía cero. La escuela a la que asistí era de religiosas, y en cuaresma nos imponían penitencias, como la de pri-varnos de algo que nos gustara. A mí me molestaba mucho la imposición. Un día de cuaresma estábamos pintando mascadas en la escuela para el día de la madre. Usábamos gasolina. Lolo Chato y Juana Padilla eran las novicias que nos cuidaban mientras hacíamos el trabajo. Yo saqué un dulcecito, y cuando me lo iba a comer, Lolo me dio un manazo y dijo:

—¡No!, es cuaresma. Haz un sacrificio por el niño Dios.

—¡Me como mi dulce! —dijo en tono de reto.

—Entonces no quieres al niño Dios —dijo indignada.

Enojada tomé el frasco de la gasolina, y poniéndolo enfrente de su cara, ordené:

—¡Bébelo!

—¡No! —dijo aterrorizada.

—Entonces tú tampoco quieres al niño Jesús —aseveré con una sonrisa sarcástica.

Ante los asombrados ojos de Juana Padilla y demás testigos, Lo-lo Chato se bebió la gasolina. El escándalo no se hizo esperar. La maestra me hincó a medio patio y la madre Tarcicia, superiora del colegio que siempre me comprendió, al enterarse reprendió a las que se habían pasado dando vomitivos a Lolo.

Mis travesuras tenían un final provechoso para doña Alejandra, mamá de mis amigas las González, quien pagaba mi escuela. Como

una actividad de cada jueves, bordábamos manteles. Había que llevar la tela y, como mamá no tenía dinero, doña Alejandra me surtía del material. Mientras todas hacían un mantel al año, yo bordaba tres o cuatro, pues todas las travesuras que hacía me costaban quedarme en la escuela haciendo esa labor. Al final del año, sólo contemplaba mis manteles en la exposición, pues doña Alejandra finalmente era la dueña.

Mi papá y yo compartimos siempre esa parte mía de ser tra-viesa. A él le gustaba hacer bromas, y en cuanto podía me llevaba un polvo conocido como “pica-pica”. En una ocasión, en la escuela, puse letreros en la parte interior de los pupitres y algo de aquel polvo. Cuando Trina Rábago, hermana de Lolo Chato y que me caía gorda, abrió su pupitre, leyó: “Ojos de ovíparo”. Empezó a llorar dando manotazos, mientras se rascaba deses-perada junto con todas las condiscípulas que, al igual que ella, fueron descubriendo sus propios letreros en el pupitre. La maestra, aunque me quería mucho, debió corregirme. Adivinó quién había sido y me exigió entregar el polvo. Aunque lo negué, no tuve escapatoria y le di la cajita. Cuando la abrió, el “pica-pica” saltó a sus hábitos de lana. Según decían, a manera de fondo las monjas usaban un sayal dentro para hacer penitencia. Creo que fue la más terrible que sufrió. Trina había salido corriendo del salón, y parada en el borde del profundo pozo artesiano gritaba:

—¡Me voy a matar!

La maestra, azorada, me ordenó que fuera a pedirle perdón suplicándole que se calmara. Llegué al pozo y quedito le dije:

—¡Aviéntate, yo te veo desde aquí!

Juana Padilla, que me había escuchado, ya la había tomado por las piernas y la jaló hacia atrás. Mi trofeo de la semana fue un cero en la boleta y bordar manteles todas las tardes.

De esa época también recuerdo a Kipín y Juanón, apodos que recibían Cristina y Juanita, directoras del otro colegio. También a Can-dores, sobrenombre de Alejandra Rodríguez, que fue maestra de casi todo el pueblo, y a la cual también le decían Señorita Prolongada.

Ella enseñaba con la famosa frase de “la letra con sangre entra”, y la metía a reglazos, lo mismo que las notas, pues también daba clases de música.

Un día doña Alejandra enfermó de gravedad. Poco tiempo después murió. Cuando la velaron, la gente hacía cola en las calles. La mayoría lloraba y a gritos repetía: “Murió nuestra madre”, y es que siempre había sido una mujer muy caritativa. El luto que se guardaba a la muerte de la madre era de dos años sin salir, y debía vestirse de riguroso negro. Yo, solidaria, me encerré con mis amigas. Para mí ya no hubo carnaval ni 15 de agosto, que eran y siguen siendo los dos acontecimientos más importantes del pueblo.

Eso fue un verdadero sacrificio para mí, pues durante el carnaval había corridas de toros, peleas de gallos, serenatas con cascarones llenos de confeti rotos en la cabeza, y dábamos vueltas, como mulas de noria en la plaza, y recibíamos gardenias de los pretendientes mientras escuchábamos El Cócora, Los Papaquis, Carnaval y El Tupé, interpretadas por la orquesta que formó mi abuelo Sixto, quien había compuesto dichas piezas específicamente para esas fiestas. Por cierto, hasta hace diez años la Cotorra, personaje folclórico de Jalos que fue alumno de mi abuelo, todavía dirigía aquella orquesta.

A pesar del luto, las serenatas las llevaban los irrespetuosos. A mis quince años era una fea con suerte y me llevaban serenata con frecuencia. Entre mis pretendientes estaba el Jergas Miadas, la Plaga (que después me seguiría hasta la ciudad de México, cuando me vine con mi familia para acá) y el Lechón Mamando. Como ven, en mi pueblo la gente se divertía poniendo apodos.

En ese entonces el asma de mamá se recrudeció. Dormía sentada y, para colmo, tenía una anemia marca diablo. El dinero se había acabado. El fogón ya no se prendía y la leche era nuestro principal alimento. Las alhajas que tenía se las había comprado a precio de hambre Pichuy el boticario, primo de papá y usurero, cuyos sobriños-nietos (porque él nunca se casó) todavía elaboran la famosa

“Agua maravillosa” con la que se enriquecen porque todo lo cura: cierra heridas, quita hemorroides, anginas, etc. Pichuy vendía también “Anticamnias”, que era un polvo empapelado. Ahora recuerdo que Chona González, desesperada, le pedía a mamá que le fuera a comprar un polvo de esos, porque si no lo tomaba regularmente se sentía mal. Me parece ver cómo se lo tragaba, temblorosa y con avidez. Después, suspiraba y quedaba tranquila. Le quedaban los ojos como tecolote: verdes bordeados de lila. Pichuy, el boticario, mandaba esos polvitos a Tijuana y, según decían, entre los cántaros de pesos de oro cuadrados (que se encontró escarbando) y sus polvos y aguas, se hizo rico. Ahora que tanto se habla de droga, pienso que las tales “Anticamnias” eran hermanitas de la cocaína o sabrá Dios qué.

Me desvié del tema. Después de muerta doña Alejandra, yo no salía de casa de las González. Dentro de esa casona hicimos nuestro propio carnaval, 15 de Septiembre, etc. Carmen, la de Sabina, como me decían, era la líder, por lo que en las representaciones salía siempre de los personajes más importantes.

Felitos (Félix, el chofer) siempre estaba esperando para ver a dónde se nos antojaba ir, porque durante ese luto, a los únicos lugares a los que salíamos entonces era a sus haciendas: La Laja, Acahual, Las Tablas, Las Maravillas, eran algunas de ellas. Debido a las enfermedades de mamá, yo me había impuesto la tarea de hacer todos los quehaceres domésticos antes de salir: barrer el patio, remendar calcetines, etc., porque sabía que mamá no podía respirar. Todos los días, estuviésemos donde estuviésemos, Felitos nos traía de vuelta a Jalos para que yo pudiera ayudar a mamá. Josefina, una de las González, y que nunca hacía ese tipo de labores, me ayudaba a remendar los calcetines de mis hermanos, tan llenos de agujeros que parecían coladeras. Hilvanaba alrededor de cada boquete y jalaba el hilo, con lo que quedaba una bola que después aplanaba con una piedra, a trancazos, para que quedara parejita. Parecía que los pobres de mis hermanos se ponían los zapatos con garbanzos dentro, claro, garbanza cruda.

Empezamos a invitar muchachos a nuestros paseos por las haciendas. Algunas noches “velábamos la panza”, para la cual mataban un becerro. Nos la pasábamos cantando alrededor de la fogata, tomando té, al que las más avezadas le ponían su chinguere de tequila. A eso de las cinco o seis de la mañana, almorzábamos aquel manjar.

Filmábamos películas con una de las primeras cámaras que hubo y que ellas tenían. Aprovechábamos para ello el cortijo de toros de lidia que la familia González criaba y después vendía pa-ra las corridas de toros en las ferias. Eran famosos los toros de la hacienda La Laja, propiedad de la familia González Pérez.

Siempre era yo el charro, tal vez por fea. Toña, que era la bonita, siempre era Crucita, la dama de Allá en el rancho grande de Tito Guízar y Esther Fernández. Un día me enojé y dije: “Si no soy la mujer, no filmo”. Aceptaron y me puse el traje de olanes, rebozo, etc., pero no sabía montar como mujer. Me subí al enorme caballo, el Vampiro, y me acomodé en la albarda para irnos al campo. Metí la mano en la rienda mientras me sentía soñada, y di un fuetazo al Vampiro que, rápidamente, empezó a correr. Llegué has-ta un arroyo y, frente a él, el caballo se detuvo relinchando. Yo le piqué los belfos con los pies mientras le daba otro fuetazo. El caballo se encabritó, me tiró y empezó a correr. Como llevaba la mano metida en la rienda, me arrastró sobre huizaches espinosos que abundan en esa región. Dejé jirones de enaguas en cada uno. Pero de seguro no me tocaba morir. Don Isi (Isaías), que era uno de los caballerangos, venía pasando de pura casualidad. Al verme, asustado empezó a gritar: “Quieto, Vampiro” y se fue acercando poco a poco. Mi cara estaba debajo de los belfos que agitados subían y bajaban ante mis aterrados ojos. El caballo dio un paso atrás, me pisó el estómago y no supe más. Desperté dentro del coche y viendo el rostro de Altagracia, la nana, que me sobaba junto con otro huesero. Don Isi, compungido, decía: “Muchacha esta, cómo quería que soportara el agua el caballo, si se le acabaron las herraduras. Es como si

tuvieran ustedes las muelas picadas y mascaran dulce”, dijo enojado.

Don Guadalupe, con ojos de pistola, llegó corriendo: “Me dijeron que alguien se accidentó”, y al verme exclamó: “¡Sea por Dios!, claro, tenía que ser Carmen, la de Sabina”. Esto confirma lo que aquel doctor me dijo hace algunos años: que tenía más vidas que un gato.

Desde niña me gustaba hacer versos (¿?). Ya en la adolescencia, me escapaba a las seis de la mañana, pues siempre he sido madrugadora, para estar a solas y poder escribir. En una ocasión, en la hacienda Las Maravillas, donde criaban toros de lidia, me fui caminando en busca de la tranquilidad para escribir en mi diario y, sin darme cuenta, llegué hasta donde estaban los toros. Cuando están en manada no atacan, pero solos sí. Posiblemente había entre ellos un toro poeta, como yo, que deambulaba solo. Al verme, se dejó venir para embestirme. Desesperada, corrí hasta llegar a una profunda zanja adonde me aventé. Sentí que al hacerlo el pie se me volteó por completo y ahí me quedé quieta. La zanja era angosta y el toro mugía queriéndome alcanzar, pero no lo logró. Pasé todo el día al rayo del sol mientras el pie me dolía terriblemente. Al pardear la tarde escuché que gritaban mi nombre. Me habían buscado por cielo y tierra todo el día, pero yo no podía salir. Finalmente me encontraron. Me sacaron, me subieron en un burro y así me llevaron con un señor que ceremoniosamente se presentó:

—Soy Torcuato y soy compositor.

A continuación me dio un jarro mugroso y me dijo:

—Toma, chamaca, bébetelo de un trago.

Obediente me lo tomé. Luego exclamó orgulloso:

—Yo les arreglo las patas a todas las mulas y burros que se descuacharrangan.

Llegué a Las Maravillas borracha y maltrecha. Se me arruinó mi pie seis meses en experimentos de apretones, sobadas y muletas, hasta que me llevaron a Tepatitlán con don Robustiano, señor gordo y panzón que, sentado en un equipal, pidió que me acomodaran en una tarima alta, frente a él, porque su gordura le impedía agacharse.

Me sobó sólo la rodilla y me alivié.

Una noche combinamos hollín de los comales con grasa de dar chaine a los zapatos con el fin de jugarle una broma a Chuy Casillas, que era muy vanidosa. Por error, tiznamos a don Guadalupe en la oscuridad. Muy enojado, ordenó que se nos asignaran quehaceres durante la semana para que no anduviéramos de ociosas, inventando barbaridades. A Flavia le tocó barrer el corral de las gallinas. Era una muchacha rica que no estaba acostumbrada a hacerlo, por lo que al tercer día, cuando la nana Altagracia fue por una gallina para el almuerzo, se encontró varios animales muertos. Asustada, corrió a avisar a uno de los mozos creyendo que se trataba de una epidemia, pero al revisar a gallos y pollos, encontró que estaban cosidos de la cola con hilo rojo. Con tal de no cumplir con la tarea que le habían asignado, Flavia realizó aquella labor para que no ensuciaran más.

“¡Otra vez Carmen, la de Sabina!”, fue la exclamación de don Guadalupe. Pero Flavia fue honesta y confesó que ella sola había hecho tal avería. Primera vez que me sentí con una aureola en la cabeza.

A los seis meses murió don Guadalupe. Otro año y medio de luto acumulado como el aceite “Tres en uno”: las muertes de mamá Mila primero, doña Alejandra y don Guadalupe.

Mis amigas quedaron a merced de Jacobita y Jerónima, recogidas por doña Alejandra; Santitos y Altagracia, las nanas; Benita, la planchadora, y Lupe, la sirvienta chismosa que nos acusaba. Yo, solidariamente, de nuevo me encerré con ellas.

Dormía en mi casa. Iba a la escuela, comía y, por la tarde, me la pasaba en casa de mis amigas, inventando barbaridades. Lupe, una de ellas, tenía un pretendiente que le chocaba y que, además, le espantaba a los fuereños, que eran los muchachos más cotizados por nosotras. Todas las tardes se apostaba como sargento en la fuente de la plazuela que estaba frente a la casa. Si alguno se atrevía a cortejarnos, iba a dar derecho a la fuente. Yo ideé la solución. Me vestí con un traje que tenía Alfredo, mi hermano. Me acomodé en

la ventana a platicar con Lupe con un cigarro en la boca, para que la escena pareciera más real, y aquel muchacho creyera que yo era el novio. Ella me decía angustiada:

—Pareces joto, sube la pierna a la ventana y prende el cigarro.

Y así lo hice. Yo estaba feliz haciendo mi teatro, cuando escuché un grito:

—¡Vamos todos!

Los muchachos que estaban en la fuente se me vinieron encima. El traje de mi hermano, con todo y cachuchita, quedó arruinado junto con algo o mucho de mi reputación.

A mi papá finalmente se le terminó el dinero que tenía ahorrado y decidí ir a México a buscar trabajo. Yo tenía alrededor de quince años. Con él se fueron Luis y Alfredo, los mayores. Mis hermanos trabajaron en la Secretaría de Hacienda y mi papá en la Presidencia de la República. No era un dineral lo que ganaban. Ellos vivieron solos unos meses en la calle de Moneda, hasta que pudieron rentar un departamento en la calle de Manuel Doblado. Entonces ese lugar no era lo que es ahora. El resto de la familia, Margarita, Gustavo, Javier, mi mamá y yo, finalmente vinimos también a vivir a la ciudad de México.

Sufrí mucho por dejar a mis amigas. Toda la familia partió, pero mamá me permitió quedarme en Jalos tres meses más, porque Josefina se iba a casar. Pocos días después de la boda nos despedimos con lágrimas y promesas. Al principio fue muy difícil la vida en México, pero con lo que traíamos empezamos a luchar.

Aquellos sueños de ser cirquera se trocaron entonces por los de ser universitaria. Papá tenía buenas relaciones, así que mis hermanos se fueron a estudiar al Colegio Alemán. A mi hermana nunca le gustó el estudio. Soñaba con ser artista y sólo consiguió serlo con hache (hartista). No supe a quién acudir, pues yo quería estudiar la preparatoria y después asistir a la universidad. Mis papás se negaron a ayudarme y no me quedó más remedio que inscribirme en la escuela Lerdo de Tejada, que se ubicaba en la calle Del Carmen,

a estudiar Comercio. Transcurrieron cuatro años de increíble tranquilidad: cosas sencillas, como ir los domingos a dar un paseo en el tren, visitar a unas primas en el Colegio Lestonnac, ver la mano de Obregón en San Ángel, etcétera.

Cuando me vine de Jalos, dejé corazones rotos y una historia de amor no correspondida: había en el pueblo un Antonio Ramírez, pariente, que se sentía Rodolfo Valentino, y Jesús Rábago, que me adoraba. El tal Antonio hizo una apuesta de que me conquistaría en cuanto fuéramos a la serenata que se efectuaba en la plaza cada domingo. Yo me enteré de ello y, mientras dábamos vueltas al kiosco, él, seguro de su conquista, me dio una flor, que en la segunda vuelta a la plaza, yo, con una sonrisa, le regalé a Jesús Rábago, a quien le decían la Plaga. Eso bastó para que me llevara gallo: ocho serenatas y me hice su novia. Antonio se quedó con un palmo de narices y su orgullo pisoteado.

Cuando me vine a México, Jesús huyó de su casa y vino siguiéndome. Su familia era rica, de abolengo, y no católicos, sino beatos. Además, yo no les gustaba nadita como para emparentar, pues les parecía libertina.

Jesús logró ubicarme y enterarse de dónde estudiaba. A la salida de la escuela me esperaba y, cuando iban mis hermanos a recogerme y lo veían, le ponían cada corretiza que Dios guarde la hora. Yo no lo quería, pero me sentía comprometida por su lealtad. Así que tuve que hacer una cochinada (diría yo), para que me odiara: salir con otro. Jesús se desapareció y después me enteré de que se volvió alcohólico.

Después de tres años regresé a Jalos de paseo y, por azares del destino, unos días antes de que se casara. Cuando supo que estaba ahí, la noche anterior a su boda me llevó serenata y los músicos tocaron sin cesar: "Tuve ganas de verte muy cerca y te vine a rogar que vuelvas". La serenata fue interrumpida por el papá de Te-re, la novia, un chaparrito que se llamaba Simón y le decían Chimón, quien fue a reclamarle su comportamiento. Por toda contestación Jesús,

borracho, le propinó un tremendo botellazo en la cabeza.

Al día siguiente se efectuó la boda: el suegro con un vendaje, el novio crudo y la novia probablemente con cara de taruga enamorada.

Después de muchos años, ya casada y con cuatro hijos, al abrir la puerta después de escuchar el timbre, me encontré con un hombre viejo y un poco borracho que me dijo:

—Sólo quería verte un momento. Adiós —y se marchó.

Yo, atónita, con un nudo en la garganta, me quedé petrificada. Era él. Muchos años después, ya con seis hijos grandecitos, fui de nuevo a Jalos. Con extrañeza vi a una mujer que se acercó a preguntarme:

—¿Eres Carmen?

—Sí —dije, y entonces añadió:

—Soy Luz, la mamá de Jesús Rábago, ven a mi casa, por favor.

Llegamos. Me introdujo en una recámara donde estaba una especie de altar y, ¡oh, sorpresa!, mi fotografía con flores y veladoras. Con lágrimas me dijo:

—Jesús, antes de morir, me hizo jurar que conservaría esto. Él falleció y Tere también. La hizo sufrir mucho porque nunca pudo olvidarte.

Salí de ahí consternada.

Las González venían con frecuencia a México. Rentaban un departamento en López 50, donde se quedaban hasta un mes. Yo, por supuesto, me mudaba allá durante su estancia. Nos íbamos al cine Alameda y veíamos hasta tres películas en una sola tarde. ¿Por quién doblan las campanas? con Gregory Peck e Ingrid Bergman, La luz que agoniza y otras. Después íbamos a los famosos Caldos de Indianilla, que eran una porquería pero estaban de moda. Ellas regresaban a Jalos y yo a mi rutina. Salía de la Lerdo a las nueve de la noche y caminaba sola hasta mi casa. Un día, cuando regresaba, sentí que unos pasos me seguían insistentes. Me dio miedo y saqué mi lápiz y sacapuntas, y mientras apresuraba el paso afilé

la puntilla lo más que pude. Lo tomé cual puñal y me atreví a voltear. Ya envalentonada, vi con sorpresa que era un niño, pero con sombrero de ala ancha. De momento me tranquilicé y pensé: "Pobre, también él tiene miedo", y continué mi camino. Al llegar a casa abrí el cancel y el "niño" se abalanzó sobre mí y me sujetó las piernas con un brazo, y la mano que tenía libre la metió por debajo de mi falda. Yo volteé y descubrí la cara más repugnante que he visto en mi vida. Era un enano que jadeaba hurgando mis muslos. Sin pensarlo, levanté la mano y hundí el lápiz en su cara, retorciéndolo con furia y terror. Me soltó y cual animal herido, en cuatro patas, desapareció.

Yo casi no podía mantenerme en pie. Mamá me preguntó: "¿Qué te pasa?", y en fracción de segundos pensé que si se lo decía, no me dejaría continuar estudiando. Mi deseo de estudiar era más fuerte, así que, mintiendo, contesté: "Me duele el estómago", e inmediatamente me fui a la cama a mal dormir.

Al día siguiente de mi odisea, cuando me iba a clase, el enano estaba enfrente de mi casa con tremendo parche en la cara. Al verlo me regresé e inventé tener dolor de cabeza para no salir. Después de varios días en que seguía esperándome, no pude inventar más y revelé la verdad. Ahora quizá me habría hecho cosquillas lo que pasó, pero entonces se me cerró el mundo. Me mandaron a Jalos. Un mes después regresé, cuando me avisaron que apareció en el periódico la noticia de que un militar había matado a un enano en el Ajusco porque violó y asesinó a su hija.

El departamento donde vivíamos tenía sólo dos recámaras. En una dormían papá, Alfredo y Gustavo; en la otra, en una cama matrimonial, mamá, Margarita y yo. Javier, el menor, en un catre. Mamá y yo dormíamos con los pies hacia abajo, y mi hermana con los pies hacia la cabecera, tiasas, como momias. Los dedos de los pies de mi hermana a veces me amanecían de chupón. Por supuesto, las patadas nocturnas parecían reñidos partidos de futbol.

Aquel pequeño departamento siempre estaba invadido de tíos, sobrinos, torerillos amigos de Alfredo o cantantes amigos de Gus-

tavo. A pesar de las carencias, a diario había chilaquiles o frijolitos para todos los gorriones.

El tío José era el visitante más asiduo. Me puso de sobrenombre el Terremoto, quizá porque nunca me ha gustado la tristeza. Si los encontraba de “pico bajo”, les hacía ballet o me ponía algún traje de mis hermanos para fumar un cigarro imitando a Emilio Tuero cantando el tango que dice: “Fumando espero a la mujer que quiero...” El tío Jo nos llevaba a mi hermana y a mí a los cines de piojito. Tres películas por un peso, el Goya, el Alarcón, entre otros.

Conseguir el pan de cada día era muy difícil, y por ello la situación en casa se tornó tensa. Decidí trabajar. Ya me había recibido de secretaria, así que entré a la Mexicana de Automóviles, empresa que vendía autos y refacciones y que se ubicaba en la avenida Insurgentes. Mi primer sueldo fue de ciento cincuenta pesos mensuales. Inmediatamente me hice de amigos y amigas; me sentía muy bien ahí, a pesar de que Manuel Juárez Mier, mi jefe, era un viejo rabo verde. Mi natural alegría la repartí sin avaricia, por lo que mis bromas no se hicieron esperar. En noviembre escribía las calaveras de todo el mundo sin miramientos: lo mismo ridiculizaba al señor Stierle, el director general y dueño de la empresa, que a Martínez, el gerente. El día de los inocentes otras hacían mi trabajo, mientras yo me dedicaba a hacer travesuras que divertían a todo el mundo. Eso despertó la envidia de Licha Pantoja, que era un perchero de patas retorcidas a quien uno de los agentes cantaba: “Licha Pantoja, la niña que nunca se antoja”. Se pasaba la vida viéndose en el espejo y no se reía para no arrugarse. Los agentes vendedores eran fabulosos conmigo, lo mismo que todo el personal. Algunos cuantos me declararon su amor, cosa que no me interesaba, ya que yo quería seguir estudiando a toda costa.

Con mi sueldo hacía maravillas: en abonos compraba zapatos para mamá, mi hermana y para mí, pues aunque nunca maldije el no tener calzado, siempre pensaba que era peor no tener pies.

Los domingos llevaba a mamá y a mi sobrino Pepe a remar a

Chapultepec o a tomar un helado en La Copa de Leche. Él tendría entonces dos o tres años y era hijo de mi hermano mayor, Luis, a quien se le murió la esposa cuando Pepe nació. A unas cuantas horas de haber nacido, fue adoptado por mis padres y se integró a nuestra familia. Él fue para nosotros hermano, sobrino, hijo y, para mi madre, lo fue todo, pues en él volcó todo su cariño y ternura.

Siempre he sido una persona que se rebela ante las injusticias cometidas contra otros. Sin embargo, yo me castigaba aceptando todas las injusticias hacia mi persona. Mi hermana, según decían, era muy guapa. Yo me sentía fea. Aquella frustración la volcaba haciendo mofa de mí misma. Curiosamente, mi hermana no tenía quién la cortejara. Yo, en cambio, tenía pretendientes para matrimonio frecuentemente, pero como me sentía fea, me refugiaba en el estudio y en el trabajo y me divertía con mis bromas.

Anita Blanch, que tenía una compañía de teatro llamada Los Lechuzos y que hacía sus representaciones en el desaparecido teatro Abreu, fue invitada al Teatro del Pueblo, ubicado en el mercado Abelardo Rodríguez, que estaba cerca de mi casa, a hacer unas representaciones. Una amiga me presentó con ella, y Anita me invitó a actuar. Desempeñé un papel de "Mensa". Mi actuación fue un éxito. Mamá dijo riendo: "Lo hiciste muy bien, el papel te quedó a la medida". Yo me sentí caca, pero cuando se lo comenté a Anita Blanch me pidió que interpretara, en otra obra, el papel de una española que cantaba y bailaba. Seguro no lo hice tan mal, pues Anita me pidió integrarme a su elenco. Por supuesto, mis padres me lo prohibieron y pusieron el grito en el cielo diciéndome: "Una artista en nuestra casa... ¡jamás!" Esto me hace recordar cuando mis tíos le prohibieron a una prima irse de monja. Eran muy católicos, sin embargo no lo aceptaron. Vivían en Aguascalientes y vinieron de visita a México. Un día salieron de paseo y me quedé sola con mi prima. Le dije: "Si lo que quieres es irte a un convento, te ayudo a escapar". Como me contestara que sí, le conseguí un libre que la llevó al convento donde teníamos otra prima que era monja. El disgusto

del tío Polo y la tía Concha fue mayúsculo y a mí me fue como en feria. Querían que les dijera dónde se encontraba, pero me negué a hacerlo. Dormí tranquila. Mi prima Aurelia aún es monja feliz del Colegio Lestonnac. Ahora me doy cuenta de que la ayudé porque no me pude rebelar contra mis padres y hacer lo que quería.

Yo seguía trabajando y estudiando a escondidas lo que podía. Me inscribí en la Universidad Obrera, ubicada en Cinco de Mayo y Motolinía. Ahí impartía clases la esposa de Lombardo Toledano. A mamá le hubiera dado el patatús de haberse enterado.

Por el año cuarenta y ocho, en la Universidad Obrera conocí a Enrique Basáñez, del que me disgustó su cara, que no tenía ningún atractivo físico. Su descarado talante, su nerviosismo al hablar y su manera de vestir me parecieron una burda imitación de Tin-Tan. En aquella ocasión me pidió permiso para acompañarme. Me negué, pero a él no le importó y me acompañó hasta la puerta de mi casa. Yo, tan parlanchina como era y sigo siendo, durante el trayecto me comporté como una muda.

Los días consecutivos tuve centinela permanente. A donde quie-ra que iba, él se aparecía y se me plantaba a un lado. Hablaba y hablaba y yo le contestaba con monosílabos. Poco a poco me di cuenta de que su conversación era amena y sus mentiras a granel se convertían en anécdotas divertidas. Fue así como empezó una relación que duró varios años. Lo presenté con mi familia y no fue de su agrado, pero a pesar de ello la relación siguió.

Nunca supe lo que era la métrica. Jamás estudié nada que pudiera ayudarme a hacer poemas, pero desde niña sentí la inquietud de hacerlos y los hacía a mi manera. Enrique llegó un día de mi santo con un acróstico que me pareció bellissimo, y siguió obse-quiándome su inspiración transformada en líneas. Lógicamente, germinó en mí aquella inquietud de escribir. Se estableció un constante ir y venir de poemas (digamos que lo eran) y que fueron más elocuentes que las palabras entre nosotros. Me enamoré. Caminá-bamos bajo la lluvia, el sol o granizadas, a pie, desde Insurgentes norte hasta mi

casa, en el Centro de la ciudad. Yo, con unos tacones de casi ocho centímetros aferrada a su brazo. No me importaba. Era un amor extraño, pues estaba enamorada de su interior, aunque su físico seguía pareciéndome repulsivo. Darle el primer beso fue un sufrimiento. Era un amor verdaderamente platónico.

Un día le sugerí que me llevara a conocer a su familia. Me dijo que vivía con su mamá en la colonia Narvarte; con énfasis y ahuecando la boca, agregó orgulloso: "Boulevard Xola esquina con Pi-tágoras". También me había dicho que trabajaba en el Senado, con un tío que era diputado.

Siempre he tenido un sexto sentido muy desarrollado y un poder sobre mi mente que disciplinaba a diario. Si me concentraba, podía hacer que me llamara por teléfono quien yo quería. Al conocer a una persona negativa, me daba una comezón desesperada en la espalda. Cuando empecé a salir con Enrique se agudizó ese malestar. Mamá, preocupada, me llevó al doctor que diagnosticó "dermografismo". Ya no era sólo la espalda, sino que me sucedía en todo el cuerpo; me divertía escribiendo mi nombre en el brazo. Se alteraba mi piel al contacto de una uña y se hacía un verdugón rojo, que después se tornaba blanco, hasta que desaparecía pasados algunos minutos.

Ahora pienso que me sucedía esto porque la duda respecto a Enrique empezó a hostigarme, pues sospechaba que me mentía. Se lo platicué a una amiga y se ofreció a ir a preguntar por él al domicilio que me había dado. En esa casa nadie lo conocía.

Siempre me he considerado una mujer con suerte, o quizá con buena estrella, ya que todo lo que he deseado, Dios me lo ha concedido. Estoy segura de que Enrique me amó intensamente, lo mismo que yo al final. Pero la incertidumbre me acosaba y empecé a dudar de todo lo que me decía. Me hablaba de sus sobrinos a los que adoraba y de sus hermanas, Mercedes y Alicia. Un día se presentó para decirme que se iba a Estados Unidos. Sentí que el mundo se desmoronaba a mis pies. Siempre he sido avara para desperdiciar lágrimas, mas en esa ocasión, sin recato, resbalaron por mis me-

jillas. Él, astuto, trató de consolarme y quedamos de vernos al día siguiente para la despedida. Esa noche no pude conciliar el sueño y lloré como una Magdalena. Al día siguiente llegó puntual, como era su costumbre. Cerca de mi casa nos paramos a decirnos aquel adiós. Irónicamente, desde un local cercano, se escuchaba en la radio a los inolvidables Panchos cantando la canción Nuestro amor. Sentía que el corazón se me arrancaba. Él, meloso, me preguntó: “¿No quieres irte conmigo? Ya tengo tu boleto de avión. No podría vivir sin verte”. Mis lágrimas se esfumaron. Sentí que un balde de agua fría me caía de sopetón. Rotundamente me negué y nos despedimos. Antes de irse me dijo: “Tal vez jamás vuelva”. En ese momento lloré con un doble sentimiento: amor y rabia por su proposición.

Pasaron dos semanas y un día recibí una carta cariñosa con los consabidos versos. El sobre me intrigó, pues las estampillas tenían una mancha de tinta que no era exactamente un sello. Desde el mes de marzo hasta el mes de agosto recibí aquellas cartas que “venían” supuestamente de Chicago o Los Ángeles. Jamás pude contestarlas, pues nunca tenían escrito el remitente.

Mientras duró su ausencia, seguí con mi vida: trabajar, estudiar, etc. Tenía muchos pretendientes y acepté algunas invitaciones. Iba al hipódromo, a los tés danzantes de La Peña, ubicado en la calle de Dieciséis de Septiembre, y con mi hermano Gustavo al hotel Montejo, famoso porque ahí atraparon a un pelón, Sobera de la Flor, asesino de varias mujeres. Muchas veces íbamos acompañados de un gringo, amigo de mi hermano, que según él me adoraba, pero que se ponía triste cada vez que escuchábamos a los músicos que tocaban una canción que yo pedía: “Se llevó mi polla, el gavilán pollero”, con la que me sentía nostálgica.

Después de aquellos meses de ausencia, Enrique regresó y la relación continuó, pero la duda había crecido tanto que sólo me interesaba investigar acerca de su vida, pues ya estaba segura de que era un engaño audaz. Afortunadamente, le gané la partida.

Un día, mientras caía una lluvia torrencial, mi hermana y yo ju-

gábamos damas chinas. De pronto me levanté como sonámbula y le dije: "Acompáñame". "¿A dónde?", me preguntó sorprendida. "No sé", contesté. "Estás loca", dijo mamá, pero sin escuchar jalé a mi hermana y salimos del edificio donde vivíamos. Me dirigí hacia la esquina y nos subimos al primer camión que pasó. Al llegar a Tacuba con Isabel la Católica, con el camión casi en marcha, nos bajamos. Había un expendio de billetes de lotería con una marquesina donde se leía "Los tres reyes magos" y bajo la cual nos guarecimos de la lluvia. A escasos minutos de nuestra llegada, de una tienda de artículos religiosos salió una mujer de rasgos asiáticos que se disponía a cerrar la cortina del negocio. En esos momentos, un comedido galán apareció como por encanto, y antes de ayudarle con la cortina, le plantó un beso. Una vez cerrado el negocio, le ofreció una alita de su gabardina y se alejaron. Mi hermana y yo, atónitas, sólo intercambiamos miradas: era Enrique.

El amor y la rabia acicateaban mi Sherlock Holmes escondido. Fue un reto que decidí ganar. Seguimos como siempre, pero por mi cuenta investigué que aquella mujer se llamaba Alicia, y un día, sin más le pregunté:

—¿Quién es Alicia?

Casi sin inmutarse contestó:

—Te dije que tengo una hermana que así se llama. A propósito, voy a llamarle; necesito que me preste dinero.

Astutamente se acercó a un teléfono público y con habilidad marcó los primeros números, tapando con sus dedos los demás al ver que le miraba insistentemente. Pero yo me aprendí de memoria casi todos. Al día siguiente busqué los que faltaban. La suerte siempre ha sido mi fiel compañera, pues logré hablar con ella: era su amante y ella misma me contó de su esposa y sus hijos (sobrinos). No quedé satisfecha y continué con la comedia.

Un día fui a visitar a una amiga al hospital, y mi gigantesco ángel de la guarda nuevamente hizo su trabajo: estando en la sala de espera conocí a una señora y empezamos a platicar. Sin más me contó de

un hijo que la tenía muy avergonzada. Poco después dijo su nombre y, finalmente, por todo lo que me contó, supe que era la madre de Enrique. Me enteré por ella de infinidad de cosas que él hacía.

El corazón se me desgarraba, pues para entonces yo lo amaba. La siguiente vez que nos vimos, me propuso irme con él. Con engaños me llevó hasta las puertas de un hotel. Lloré con rabia y dolor. Al despedirme sólo dije: "Nunca he robado y jamás robaría un padre a sus hijos". Adiós.

Me cambié de trabajo, me fui a Cimentaciones Frankie, ubicada en Paseo de la Reforma. Era una compañía que hacía pilotes para construcción y, si no mal recuerdo, los primeros que colocaron fueron los de la Torre Latinoamericana. Ahí trabajaba básicamente personal extranjero: belgas, canadienses, un francés, españoles y alemanes. El gerente era Julio Escandón, de escasos veinticuatro años, un "hijo de papi", como dicen ahora, pues su padre era accionista de la empresa. Yo era la única mujer. Para entonces tenía veintiséis años.

El office boy era Guillermo Hagen, un muchacho de dieciocho años muy instruido, que hablaba siete idiomas y ganaba un sueldo miserable. Hicimos amistad y me tenía mucho afecto. Recuerdo que la caja chica siempre estaba endeudada, pues Julio Escandón mandaba orquídeas como guiñar un ojo a cuanta mujer se le antojaba. Streu, un ingeniero alemán ahitlerado, quería hacer chuzca con Guillermo y conmigo, quizá porque creía que yo era judía.

Por aquella época conocí a Graciela Garduño, empleada en una empresa llamada Arie y cuyos accionistas eran socios de Cimentaciones Frankie. Desde entonces nos hicimos muy amigas y lo seguimos siendo hasta la fecha.

Fui feliz en ese trabajo, sin que faltaran, por supuesto, algunas malas rachas, como cuando por mis pistolas le aumenté el sueldo a Guillermo Hagen y a varios trabajadores a los que les daban una miseria y que se exponían mucho en su trabajo. Cuando pagaba una cantidad a algún empleado, venía la reprimenda. Pero yo combatía las injusticias y conseguía lo que quería, solucionando todo siempre

a mi favor.

A partir del rompimiento con Enrique, éste se veía con mi hermana, quien lo estimaba mucho. A ella le lloraba y le aseguraba que se divorciaría, suplicándole que intercediera por él. Yo, inflexible, no acepté. En varias ocasiones, al salir del trabajo, me estaba esperando. Al verlo me regresaba como bólido a buscar a alguien que me acompañara. Me volví cosmopolita, pues lo mismo salía del brazo de Ives de Vestel, el francés, que de Romedene, el belga, pues todos se prestaban a ayudarme para quitármelo de encima.

Debo aclarar que cuando trabajé en Mexicana de Automóviles, un agente de ventas, Carlos Ariste, me presentó a Fernando González, joyero de José Antonio Garduño, gerente de ventas de dicha institución.

Las visitas del joyero fueron más frecuentes, supuse que iba con intención de verme, pero yo era fiel a Enrique y hacía caso omiso de su presencia.

Cuando me fui a trabajar a Cimentaciones Frankie decidí aceptar sus invitaciones, Carlos Ariste le informó de mi cambio de trabajo. Por Carlos también me enteré que le decían el Tardado y el Incansable, y era el reverso de Enrique: serio, escudriñador y con su trajecito apretado, parecía más un seminarista. Tenía un grupo de amigos que se la pasaba en el Jai-alai o en el hipódromo. Como era atractivo y parecía un buen partido, tenía varias aspirantes a conquistarlo, por lo que su ego e indiferencia salían a flote. Yo empecé a salir con él.

La segunda vez que me invitó a remar en Chapultepec me dejó plantada bajo el reloj de la joyería La Princesa, donde habíamos quedado de vernos. Yo aún no me recuperaba del desengaño de Enrique, así que mi orgullo rodó por los suelos. Como era un día festivo, pensé que si regresaba a casa sería el hazmerreír de mis hermanos, que sabían de la cita, así que me fui sola a Chapultepec. Una vez ahí, me embarqué. Como moscardones, al rato tenía a varios muchachos en otra lancha cantándome a coro: "¿Por qué tan solita?" Cuando trataron de brincarse a mi lancha, escuché una voz enojada que

decía: “¡Eso es lo que te gusta!” Era Fernando que, muy molesto, se acercaba rápidamente adonde yo estaba en otra barca. Después de correr a los otros, se puso de pie en la lancha y me asió de un brazo con fuerza. Con el movimiento, los dos fuimos a dar al agua. Como pude salvé mi bolso (casi vacío), y vi con tristeza cómo el pastel de sardina preparado para el paseo se hundía en el agua. Los intrusos nos ayudaron a salir. Ya afuera, mientras Fernando vociferaba, yo reía a carcajadas tendida sobre el pasto. Como güilota desplumada llegué a casa. Se podría haber pensado que venía de un gran agasajo con Fernando, pero nadie desconfiaba de mí o no tenían la mente cochambrosa. Después de aquello, no quería saber nada de él, pero seguía insistiendo y alegando que sus tardanzas no eran sólo para mí, sino que él era siempre así.

Volví a aceptar una de sus invitaciones, ahora al hipódromo. Hizo lo mismo, pero esta vez, como caído del cielo, apareció un periodista que estudiaba inglés conmigo y, después de conocer el motivo de mi espera, me dijo: “Yo te llevo”. Ya en el hipódromo, cuando brincaba de la emoción porque me había ganado una quiniela, Fernando se me plantó enfrente. Yo estaba en un palco con Johnny, mi compañero, y Fernando con cinco o seis amigos en la barra (Luis Belaunzarán y Juan Uribe Ulibarri, entre ellos). Fernando nos invitó a tomar algo y dijo muy orondo: “Pidan lo que gusten”. Se habían puesto de acuerdo y todos pidieron whisky, que era una de las bebidas más caras. A la hora de pagar, Johnny fue el único que sacó la cartera. Mi furia en ese momento fue mayúscula y mi vergüenza también. Juré no volver a aceptarlo.

Esa noche, estando ya dormida me despertó una serenata. Me emocioné, pero al escuchar que el trío tocaba Corazón, corazón de José Alfredo Jiménez, una canción que lleva una estrofa que dice: “Si has pensado dejar mi cariño, recuerda el camino donde te encontré...”, me puse la almohada en la cabeza y no me asomé. Necesité muchos ruegos y promesas para que volviera a salir con él. Al mismo tiempo, Enrique seguía insistiendo con llamadas, que yo

no contestaba, y en ocasiones lo podía ver siguiéndonos a distancia.

Fernando me llevó a conocer a sus padres. Su papá fue afable y cariñoso conmigo; su mamá comenzó hablándome de las pretendientes que su hijo tenía.

Fernando se fue a trabajar a Veracruz, pero venía cada ocho días a verme, y después de dos años de relación, me pidió que me casara con él. Lo quería, pero no estaba convencida. Un día fijó la fecha para pedirme. Yo no tenía ganas de casarme, pues era feliz en mi trabajo y con mis actividades cotidianas: trabajar, estudiar y nadar. Me divertía a mi manera. A pesar de ello, me pidieron, y la fecha se fijó para el 20 de febrero de 1954.

El 23 de diciembre me llamó Enrique para felicitarme por Navidad y me pidió una cita. Acepté y la fijé para las seis de la tarde en la Librería de Cristal que estaba junto a la Alameda. Cité a Fernando en el mismo lugar. La puntualidad ha sido mi fuerte, y en punto de las seis nos encontramos. Yo llevaba en la mano un regalo para Fernando. Cuando Enrique me vio, se acercó con una esplendorosa sonrisa de oreja a oreja, me saludó y cínicamente inquirió:

—¿Esto es para mí? —a lo que contesté rotundamente:

—¡No!, es para mi novio. Bueno... Feliz Navidad —añadí en tono despreocupado.

Desconcertado y solemne, me preguntó:

—¿A dónde vamos a brindar?

—A ninguna parte, y vete porque ahí viene mi novio —dije enfática.

Incrédulo miró hacia atrás y proseguí:

—Es aquel que viene con traje café. Adiós y suerte.

Enrique dio media vuelta y se acercó Fernando al tiempo que me preguntó:

—¿Te molestaba ese tipo?

Con ligereza contesté:

—No, me estaba preguntando la hora.

De reojo lo vi alejarse. Nunca más lo volví a ver.

El tiempo voló. Una modista me confeccionó un hermoso ves-

tido de novia y nos casamos el día fijado, a pesar de que Fernando no tenía un empleo fijo y ganaba poco. La misa fue oficiada por mi primo Ramón Batta que, aunque estaba muy enfermo de leucemia, hizo el esfuerzo. Era un sacerdote inteligente y bastante liberal para la época.

La ceremonia sería a la una de la tarde, pero no se realizaba porque mi suegra no llevaba el acta de nacimiento del novio. El padre alegaba que era imposible que se efectuara la boda sin ella. Mi suegra junto con su hermana Chole y su sobrina, no paraban de llorar desde que llegaron a la iglesia, como si asistieran a un velorio, pero cuando escucharon al padre decir aquello, se les acabó el lloriqueo. En realidad siempre habían tenido otros planes para Fernando, pero el destino estaba marcado: Ramón firmó haciéndose responsable, así que la boda se efectuó.

Cuando iba caminando hacia la salida de la iglesia del brazo de mi flamante esposo, yo sentía los pies amarrados. Las sonrisas que dirigía a la concurrencia eran tan falsas como las del anuncio de Colgate, pues estaba realmente angustiada. Al llegar al atrio alguien me dijo: "Se te salió esto", al tiempo que me entregaba, nada más y nada menos, el fondo que se me había quedado atorado dentro del vestido cuando me lo estaba poniendo. Fue en ese momento cuando acabó de deslizarse hacia abajo, y al caminar el último tramo terminó por salir.

Yo había soñado con una boda con baile y toda la cosa, pero sólo hubo un brindis en casa de mi prima Lola Batta y una despedida rápida, pues nuestro avión salía a las seis de la tarde hacia Acapulco. Gustavo mi hermano nos había obsequiado los boletos. Llegamos a Acapulco a un hotel frente al muelle que se llamaba Quinta Julieta. El cuarto que nos dieron olía a excremento de gallina y era oscuro y feo. Entramos a él a las siete de la noche. Sin comer ni cenar nos quedamos hasta el siguiente día, cuando me percaté que la ventana daba a un gallinero.

Es increíble que yo, tan inquieta, revoltosa y rebelde como era, no supiera lo más elemental acerca de lo que una noche de bodas

significaba. Con vergüenza confieso que creía que los humanos hacíamos el acto sexual como los perros. Me costó trabajo descubrir que aquello era lo más importante de un matrimonio, por eso ahora soy partidaria de la educación sexual y odio la hipocresía de entonces, la sumisión estúpida de las mujeres y el machismo bruto de los hombres.

Acapulco en aquellos tiempos era tranquilo. Caminábamos del muelle al pueblo. En el hotel había música por las tardes, pero mi luna de miel no fue precisamente empalagosa.

Regresamos del viaje sin un quinto. Habíamos comprado una recámara y una salita, y un día antes de la boda rentamos un departamento en la calle de Luz Saviñón. Mamá se había encargado de recibir los muebles y de acomodarlos. Como era barato, era muy pequeño, así que apenas cupo la recámara y la salita quedó sobre la cama y los burós. Nos fuimos a casa de mis papás a gorrear los chilaquiles. Mamá, toda delicadeza, nos dijo apenada: "Fue lo único que pude hacer en ese departamento". Después descubriríamos, tras una noche de gritos, botellazos y llantos de un niño, que el resto de los departamentos estaba habitado por putas, como se decía antes, y no como ahora, que les llaman "sexoservidoras".

Afortunadamente no habíamos firmado el contrato y nos apresuramos a buscar otro lugar donde vivir. Nos cambiamos a los pocos días a la Calzada de Guadalupe. Fernando volvió a su trabajo de joyero y mi vida transcurrió durante un tiempo llena de privaciones, pero feliz, ya que nunca fui muy exigente. Algunos fines de semana íbamos al cine o en camión a San José Purúa.

Fernando era una persona apática y no tenía mucha destreza en eso de ser galante. Olvidaba lo mismo mi cumpleaños que nuestro aniversario. Yo estaba acostumbrada a que en mi casa se hiciera gran alharaca en esas fechas y si no, por "quítame esas pa-jas" festejábamos cualquier cosa, aunque fuera tan sólo sonar una maraca y partir un pastel. Él no era detallista, todo le parecía indiferente, al grado de que el día que le pregunté cuándo era su cumpleaños, me

dijo que jamás lo había sabido. Respeté su manera de ser y decidí no amargar mi vida. Organizaba cenas en fechas especiales, pero él nunca llegaba a tiempo, o lo hacía cuando todo había terminado.

Un día, sin mi consentimiento, me dijo que nos cambiaríamos a un departamento frente a la casa de sus padres. Así lo hicimos. Su familia me hostigaba, pero me hice a la idea de que yo merecía ser feliz. Comencé a tomar clases de corte, pensando en hacer algo en casa para ganar dinero, pues él nunca me decía lo que ganaba y yo me sentía chinche de no tener nunca ni un quinto. Como me daba apenas lo necesario, decidí ganarlo por mi cuenta. Una amiga me prestó cuarenta pesos y comencé vendiendo lo que podía. Le pagué a mi amiga y duplicué, y después tripliqué lo ganado. Me sentía soñada. Mientras tanto, en mi diario volcaba mis angustias para desahogarme y sentirme liberada.

Fernando ha sido un hombre bueno y honrado, pero encerrado en una especie de mutismo atávico. Sin embargo, el amor empezó a crecer, traté de entenderlo y lo adoré.

Trabajaba mucho, pero casi siempre llegaba muy tarde y jamás daba explicaciones. Yo sufría, pues me sentía sola e impedida de hacer muchas cosas.

El 22 de julio de 1955 nació mi primera hija: Carmen. Con ella descubrí el secreto de ser madre y volqué aquel amor incontenible y desbordante en ese pedacito de mi vida. Me dediqué a ella con esmero. Sin embargo, sentía que no le interesábamos a Fernando, al grado de que en una ocasión tuve la descabellada idea de abandonarlo, pues me di cuenta, entre otras cosas, de que su madre parecía importarle más que nosotras y que lo manejaba a su antojo. Aquel día me salí de la casa con mi hija en brazos y trece pesos en la bolsa. Deambulé por la Alameda, pero finalmente regresé.

Carmen no disfrutó su reinado por mucho tiempo, pues el 7 de mayo de 1956, nació Ana Rosa, mi segunda hija, que pesó al nacer escasos dos kilos. La ternura y el amor se conjuntaron al ver-la tan pequeñita. Tuve que acondicionar un cajón del chifonier para que

durmiera y estuviese más calientita, y la tuve bajo el calor de unos focos durante semanas, hasta que recuperó peso. El 2 de junio de 1957 nació mi hijo Fernando. En menos de dos años ya tenía tres hijos. En aquel entonces los machos abundaban, y las tarugas también. Desde que nació mi segunda hija me enfermé de la circulación y tuve una tromboflebitis tremenda, de la que salí bien librada, aparentemente.

Estoy convencida de que tengo más vidas que un gato, ya que me le he escapado a “doña Huesos” infinidad de veces, pero, aunque lo mejor hubiese sido que no tuviera más hijos, la fábrica de bebés continuó, ya que poco tiempo después me embaracé de nuevo. Para entonces empecé a sentir mucha rabia e impotencia. ¿Por qué teníamos las mujeres que soportar tantas injusticias? No podíamos decidir ni siquiera acerca de nuestro cuerpo.

Los problemas iban en aumento, pues la presencia de mi suegra y la manipulación que ejercía sobre mi esposo eran exageradas. Era una mujer frustrada y amargada, con criterio de ostión y complejo de Elektra. Además, vivía con ella Lola, una niña víctima de las circunstancias que le rodeaban. Era hija natural de Alicia, una hermana de Fernando, pero los padres de él la mantuvieron oculta durante todo el embarazo y, cuando nació la niña, la registraron como suya. Mi suegra le exigía a Fernando dinero para su manutención, pues me había hecho creer que era hija de él. Sin embargo María, hermana mayor de mi esposo, mujer honrada y cabal, me aclaró lo sucedido. Al principio la niña, como de doce o trece años, se convirtió en una especie de espía y me hacía infinidad de maldades, mandada por la abuela. Un día me inventó un amante. Cuando supe la verdad acerca de su origen, me inspiró mucha ternura. Me volví su confidente y un día me preguntó: “¿Tú sabes quién es mi mamá?” Le respondí con la verdad, lo que provocó que me echara a toda la familia encima, excepto a Lola, que desde entonces y hasta ahora, me tiene un cariño muy especial. Gané una hija más. Siempre he lucha-

do contra las injusticias y la mentira, y he tratado de ayudar a quien lo necesita. Por ello, en la vida he tenido varios hijos adoptivos que quiero y me quieren. He repartido mi amor sin restricciones.

Empecé a buscar actividades que me hicieran sentir menos mal, así que embarazada y con tres hijos me iba todas las tardes a to-mar clases de corte y confección. Sería molesto enumerar las arbitrariedades de que fui objeto por parte de la familia de mi esposo; ya no tenía ganas de llorar y menos de plegarme a los caprichos ajenos.

Un día fuimos a visitar a mi prima Lola, que para ese entonces vivía en la colonia Viaducto Piedad. Al lado había una casa en venta. Sin más, me fui a preguntar el precio: ciento noventa mil pesos. Inmediatamente dije: "La compramos", e hice cita para hablar con el dueño. Fernando y mis primos, boquiabiertos y con ojos de canica, se quedaron pasmados al escuchar tan descabellada idea. Fernando atinó a decir: "No tenemos un quinto, ¿cómo?", y yo, por toda respuesta, le dije: "Esta casa es mía". Mi suerte no podía abandonarme.

Al día siguiente fuimos a la cita. El dueño nos explicó que la casa la había construido para su esposa porque lo había descubierto en una movida, pero que la señora no la quiso y por eso la estaba vendiendo. Nos dijo que le diéramos cuarenta mil pesos y que podíamos habitarla. Yo tenía en mi alcancía cinco, y Fernando, en una cuenta de ahorros, dos mil quinientos, y un reloj de oro que valía alrededor de diez mil. Convencí al dueño de que le regalara el reloj a su esposa y el banco nos prestó noventa mil. Compramos la casa.

Nos cambiamos el 13 de octubre de 1958. El día 14 de octubre nació mi hija Gabriela en un sanatorio en construcción, que todavía no tenía vidrios en las ventanas.

La casa era muy grande y los muebles que teníamos eran pocos. Pero a pesar de los espacios vacíos, yo me sentía muy feliz y, sobre todo, liberada del yugo de mi suegra.

En esta casa la vida transcurrió entre fiestas, pues se convirtió, desde entonces, en parque público, albergue y restaurante que,

según mi hermano Javier, era el mejor del mundo. Cada domingo toda mi familia (numerosa por cierto) se venía a disfrutar de aquel habitual convivio. Festejábamos hasta porque volaba la mosca.

A Fernando le empezó a ir mejor. Con los cuatro hijos nos íbamos de vacaciones a Acapulco en compañía de mi hermana y mi cuñado Carlos, que ya tenían tres hijas. Parecíamos la familia Burrón, pero la gozábamos de lo lindo.

El 17 de mayo de 1960 nació Renato, un enorme muchachote. Para entonces mis piernas eran ya una ruina. Después del parto me sentía muy cansada y terriblemente mal. Nunca me ha gustado quejarme y siempre hacía lo posible por olvidarme de mis acha-ques aturdiéndome con hacer y hacer cosas. El 2 de junio, dieciséis días después del parto, mi hijo Fernando celebraba su tercer cumpleaños. Yo seguía sintiéndome mal, pero como pude le hice un pas-tel. Vino mamá (pese a que estaba muy enferma) y mi sobrino Pepe. Alrededor de las diez de la noche sentí, de pronto, que me clavaron un puñal en la espalda, y el dolor intenso que esto me provocó me paralizó la lengua. Casi no podía respirar. Quise llamar a mi esposo, que estaba en la planta baja de la casa, pero de mi boca no salía palabra alguna. No sé cuánto tiempo me quedé tirada, pero a mí me parecieron siglos. Fue hasta que el bebé lloró, cuando mi esposo, al ver que no se callaba, preguntó: "¿Qué le pasa al niño?" Como yo no contestara, subió, y al verme tirada me arrastró hasta la cama. Ahogando mis quejidos, pasé la noche más larga de mi vida. Al día siguiente, se fue a sus habituales actividades y no llegó a comer. Yo seguía sintiéndome muy mal. El teléfono más cercano estaba en una botica, a dos calles, y yo no podía caminar. Casualmente, llegaron mi hermana Margarita y mi amiga Graciela, a quien quiero como hermana. Se asustaron al ver el estado en que me encontraba: mi estómago parecía un globo y, sin pensarlo dos veces, mi hermana se fue por un doctor. Después de revisarme me informó que tenía un coágulo en el intestino y me recetó penicilina. Mientras hacía la receta, recuerdo que dijo: "No entiendo cómo no se murió". A él —al

doctor Boll Peralta— le debo la vida, pues pocos días después tuve una hemorragia tremenda y arrojé una especie de hígado. Una vez más mi hermana llevó al médico, que al ver aquello me dijo: “No puede ser que esté usted viva. Esto que arrojó era la placenta”. De nuevo escuché: “Tiene usted más vidas que un gato”.

Fernando es un hombre trabajador, honrado, discreto, pero no sabe escuchar ni externar sus sentimientos; nunca entendió ni mis lágrimas ni mis alegrías, parecía que le eran indiferentes. Al fin aprendí a amarlo tal cual era. Yo, inquieta como he sido, me dediqué a cuidar de mis cinco hijos al tiempo que tomaba clases de todo lo que estaba a mi alcance: enfermería, fotografía, cómo hacer muñecos de peluche, conservación de legumbres y frutas, y hasta mecánica por correo. Me iba con mis chavales al centro de salud cercano y, mientras ellos también tomaban clases de algo, yo tomaba las mías.

Como siempre me he caracterizado por ser parlanchina, comencé a hacer amistad con todas las vecinas de la cuadra. Empezamos a organizar fiestas: el 16 de Septiembre, las posadas, etc. Un día les sugerí que hiciéramos un club de mujeres. Aceptaron gustosas y lo llamamos “El Club de la Buena Amistad”, y decidimos reunirnos a comer una vez a la semana en cada una de las casas de las integrantes. Con ese club volví a mi infancia. Desde luego que los días que me iba a mi reunión, hacía desde temprano la comida y dejaba todo dispuesto para mi esposo y mis hijos, pues nunca he descuidado las obligaciones que yo sola me impuse.

Ahora teníamos la posibilidad de pagar a una o dos muchachas que me ayudaban en la casa. Algunas venían de Real del Monte y recién llegadas su ignorancia era tal que no conocían ni lo que era un excusado. Yo las enseñé a leer. Me convertí en madrina de primera comunión, primero, y de matrimonio después, ya que la mayoría estuvo trabajando conmigo varios años. Recuerdo una anécdota con una de ellas: cierta vez teníamos como invitados a unos clientes encopetados de Fernando y tuvimos que salir a comprar algo, poco antes de que llegaran. Le encargué a Cira, que así se

llamaba la muchacha, que si llegaban, los recibiera y les dijera que no tardábamos. Así lo hizo, pero cuando le preguntaron: “¿Se van a tardar? ¿No sabe a dónde fueron?” Ella, rauda y veloz, contestó: “No, no croque se tarden, han de ver ido a zurrar, pus dijeron que nomás iban aquí juerita”.

Cuando supe lo que les había dicho, me moría de risa. Ellos cesaron de prisa y tiesos, como si se hubiesen tragado el tenedor. Jamás aceptaron otra invitación, creo que les parecí muy naca.

Como yo seguía bastante enferma de mis piernas, decidí operarme. El doctor Boll me había prohibido un embarazo más. Cuando se lo dije a Fernando, me mandó a ver a un padre penitenciario que recibía en la Catedral. Después de escuchar mis razones y que mi vida estaba en riesgo, circunspecto contestó: “Mueres en la raya, hija; lo único que puedes hacer es llevar el ritmo”. Irónicamente le contesté: “Soy muy mala para bailar”. Ofendido me dijo: “Vete en paz”. Aunque busqué el tal disco para llevar el ritmo, y lo trataba de usar, a Fernando le importó un bledo, así es que me volví a embarazar. De nuevo seguía siendo taco vil.

A pesar del embarazo, la operación se programó, pues mis dolores de piernas eran insoportables. Pero yo no me doblegaba y seguía con mis actividades: mi club y escribir, pues soñaba con ser poeta, y empecé a tomar clases de piano y guitarra. Fernando me decía burlón: “A todo le tiras y a nada le das”.

Sus palabras eran como un acicate para continuar con más ahínco en mis propósitos. En mi necedad, creo que saboreaba el dolor, pues me había familiarizado tanto con él que lo sentía amigo, un aliado que me ayudaba a continuar con mis locuras.

Además de mis piernas, empecé a padecer una migraña terrible, que aplacaba manejando a toda velocidad una carcacha que compré con préstamos que me hicieron las muchachas que trabajaban en la casa y una amiga, pues Fernando no quiso ayudarme. Alegó que iba a matar a sus hijos. La carcachita me costó dos mil quinientos pesos y recibió el apodo, de parte de mi hermano, de la jaula de los

pericos de Australia, pues era una camioneta que tenía banquitos a cada lado, en la parte de atrás, y en ellos se sentaban mis cinco hijos. Como no sabía manejar, conseguí que me diera clases un viejecito que en ocho días me dejó hecha un “tarufi” y que se presentó así: “Soy de Guanajuato, donde la vida no vale nada. Ésta es la primera, ésta la segunda, ésta la tercera y ésta la reversa. Se prende así. Ahora, métale el fierro”. Así nos arrancábamos y el ingrato me llevaba al Centro Histórico o a Santo Domingo, porque ahí tenía un “cuate” que escribía cartas en el famoso portal, donde estaban siempre los escribanos. Yo llegaba sudando y con la boca seca. Un día Fernando me pidió que le hiciera la reseña y se la di tal cual: “El señor sólo me dice: primera, segunda, freno, lentes, falda...” ¿Cómo?, inquirió intrigado, a lo que yo, con aparente desdén contesté: “Es que a veces, con el nervio, se me sube la falda muy arriba”.

Él tuvo mucha paciencia conmigo, como aquella vez en que se nos descompuso la carcacha en el periférico. Después de meterse debajo del auto, me pidió que le soplara a una manguerita. Al primer soplido, salió todo enchapopotado diciendo: “¡Qué barbaridad!” Aquella vez regresé a casa tarde, con mi changuito al lado y, por supuesto, con mis periquitos de Australia detrás, porque siempre me llevaba a mis hijos.

Sólo me faltaba obtener la licencia, así es que fui a Tránsito. La Alazana, una mujer que daba las licencias con un “billetito azul” de por medio, me pidió que, como una prueba de que ya estaba lista, me estacionara. Yo le dije sin reserva: “Eso no lo sé”. Finalmente me la dio, para asombro de mi maestro cuando supo que la obtuve sin billetito de por medio. Una vez más escuché el “¡qué suertuda!”

Llegó el día de mi operación. Días antes me puse a escribir cartas y hasta hice un testamento. Me operaron en abril de 1961. Ta-sajearon mis piernas y con un torniquete me jalaron las venas. Fueron veinte incisiones. Recuerdo ese Hospital de Jesús como un lugar sombrío y triste. Me sentía abandonada. Alguien me había llevado unas rosas rojas (que son mis favoritas). Estaban ya agonizando, pero a pesar de

eso seguían aún altivas y bellas. Un zancudo me acompañó haciendo piruetas y zumbando a mi alrededor; no intenté matarlo. Pasó un avión y después vi una pizpireta estrella que me guiñó el ojo: eran las nueve de la noche cuando unas campanas sonaron. Me pareció bello escucharlas, suplicantes, cansadas. El sueño me había abandonado y empecé a imaginarme los cinco pares de ojitos de mis hijos y diez bracitos que se estiraban esperándome. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas mientras el sufrimiento huía. Sentí que lo había vencido y que era superior a él; en ese momento juré ganarle la partida.

Lejos de mejorar, mis piernas parecían haber recibido una buena podada, pues volvieron a lucir las venas rozagantes. En agosto de 1961 quiso la depresión apoderarse de mí, mas no lo logró; a la migraña la corría a donde la apapacharan y me acostumbré a convivir con ella. No podía todavía caminar, pero decidí que el sufrimiento a veces es necesario para ser feliz.

El 5 de diciembre de ese año nació mi último pequeñín: Er-nesto. Ese día hubo un temblor. Recuerdo que cuando me lo acercaron sentí sus manitas temblorosas. Lo apreté fuerte contra mi corazón y le dije al oído: “No tiembles. Vas a ser fuerte, honrado y feliz”. Afortunadamente para ese parto, y gracias a la intervención de mi cuñado Carlos, fui atendida por el doctor Boll, que antes de que yo entrara al quirófano le pidió autorización a Fernando para hacerme “algo” para que ya no tuviera familia. Fernando se negó, pero cuando estaba medio anestesiada escuché que el doctor dijo: “Esta pobre mujer ya ha sufrido bastante. Que me busque el diablo, pero le voy a echar una manita en su matriz”. No volví a embarazarme, sólo tuve un extrauterino que casi me mata. Fernando se quedó con las ganas de su equipo de fútbol y su ballet, como decía orgulloso, ya que pensaba que yo seguiría teniendo hijos.

Regresé a mi rutina, haciendo caso omiso de mis dolores y luchando contra mi incapacidad para caminar. Casi cada semana mis tres hijas estrenaban vestidos, pues Fernando llegaba (por su trabajo, decía) muy tarde, en ocasiones a las tres, cuatro o cinco de

la mañana, y la bruta de mí lo esperaba confeccionando vestidos, colchas, carpetas, tejiendo, etcétera.

Decidí hacer algo más productivo y me dediqué a la venta de chácharas. Tenía unas amigas en Monterrey que me surtían de objetos que en ese entonces eran de contrabando. Instalé en un clóset mi "tiendita" y vendía de todo: ropas deshiladas de Aguascalientes, que me mandaban unas primas, o manteles venecianos de contrabando. Como diría mi mamá, "ahí se vendían hasta cáscaras de llaga".

Determiné ser feliz aun con mis enfermedades, pues después de aquella primera operación de mis piernas, vinieron tres más. Todo fue inútil; nunca hubo mejoría. En mi eterno pensar resolví que si ya no podía caminar, tenía todavía ojos, brazos, manos y, sobre todo, mi mente. Hice caso omiso de mi cómplice y amigo el dolor y opté por llamarlo "mi inseparable compañero" (a la fecha es el amigo más fiel que he tenido en mi vida). Yo misma no lo entiendo. A pesar de ello, nuevamente trató la depresión de apoderarse de mí, pero mi temperamento ha sido un sube y baja-columpio: lo mismo ando en las nubes, en euforia total, que en melancolía abrumadora. Soy sentimental hasta los tuétanos, y como adoro a todo el mundo, con entrega total, me hieren hasta los más insignificantes detalles.

Como dije antes, mi club continuó en apogeo. La muchacha que trabajaba en casa decía: "Ay, madrina, ya creció su club. Ya son diez muchachas de la calle y siete del otro lado". Ese club aún continúa; ahora su nombre es "Club de las Vísceras", ya que las cinco gatas que quedamos (muchas murieron) hablamos con frecuencia de nuestros hígados, corazones y riñones.

Fue una época maravillosa. Los lunes de cada semana íbamos a comer a casa de una de las integrantes. Aprendimos a guisar diferentes comidas. Surgieron nuevamente aquellas sanas travesuras de mi niñez. Para el día de muertos escribía El Tenorio, el cual escenificábamos de manera chusca. Les hacía calaveras con dibujos. El día del niño nos vestíamos, por supuesto, con trajes adecuados para ir a las comidas. Lo mismo nos ayudábamos en nuestros problemas

que hacíamos bailes de disfraces en los que participaban hijos y esposos. Bromas iban y venían aquellos días en que nos reuníamos.

Del año sesenta y uno al sesenta y cinco, mi vida fue atareada pero feliz. A pesar de mis seis pequeños, el tiempo me alcanzaba para todo. Vendía, estudiaba, cosía, tejía y cocinaba hasta el cansancio. Mamá empezó a estar muy enferma y me daba tiempo para llevarle comida casi a diario. Arreglaba su casa y la ropa de Pepe y de mi papá, que vivían con ella. Mis hermanos habían sido como hijos para mí. Sobre todo Javier, del que había sido madrina cuando apenas era una niña.

Tomaba clases de guitarra y quería tomar de pintura, pero una frase de mamá cuando era pequeña me retumbaba en la cabeza: "Jamás podrás pintar", me dijo cuando hice lo que para mí era una gallina.

El 28 de abril de 1966 experimenté otra de mis premoniciones: hablé con mamá y la escuché triste y melancólica. Ya tenía preparado lo que le iba a llevar ese día, pero escuché una voz que me dijo "no vayas". Busqué un pretexto y no fui. Después empecé cada día a buscar excusas, y pensé que lo que en realidad quería era alejarme de ella para no sentir tanto su ausencia, y así lo hice. El 9 de mayo preparé una gelatina especial, decorada con una viejecita en el fondo y violetas. Compré una gruesa de gladiolas y varios obsequios para que cada uno de mis pequeños se los diera. El 10 de mayo llegamos cantando las mañanitas. Recuerdo cómo abrazó con ternura a cada uno de ellos y cómo se aferró con inusitada urgencia a sus bracitos.

Su estoicismo rayaba en necedad. Llegaron mis hermanos y todavía quería pararse a servir los bocadillos que también le había llevado. Al despedirme me dijo: "Ahora sí me siento mal", a lo que contesté: "Mañana estoy aquí a las ocho". Al día siguiente fui por ella y la llevé al hospital, del cual ya no salió. Recuerdo con desesperación cómo vi que su vida se extinguía, y Dios impávido, ciego y sordo, no escuchaba mis ruegos. "No te la llesves", suplicaba mirando las estrellas a través de la ventana del hospital. Por respuesta recibí tan sólo un

murmullo frío de sombras. Nunca exhaló una queja, sólo su triste sonrisa cuando la interrogué: “¿Qué quieres, vida, dime?” Abrió sus ojos grandes y con pausada respiración contestó: “Eso quiero: vida” y su voz se apagó. Murió el 21 de mayo de 1966.

Pocos días después fui a revisar su ropero. Era tal su entrega, que encontré varias cajitas envueltas para regalo con los nombres de cada uno de los nietos cuyo cumpleaños se aproximaba.

En septiembre de 1967 me operaron nuevamente de las piernas. En el hospital, me levanté sin permiso y, colgada del carrito de servicio, anduve echando porras a las más amoladas. Por supuesto, me amonestaron por mi irresponsabilidad.

Mi ilusión siempre había sido tener un lugar adonde escapar los fines de semana y, a la “suertuda”, Dios se lo concedió. Un fin de semana fuimos a ver un terreno que nos ofrecieron en Nepantla, cuna de Sor Juana Inés, y lo compramos. Ahí construimos una casa que hasta la fecha es un lugar muy especial.

Entre los cachivaches de mamá había encontrado unas pinturas y pinceles, así es que en mis idas a Nepantla finalmente me decidí y empecé a pintar. Poco tiempo después supe de unas clases de pintura y, junto con mis hijas, me inscribí.

En 1969 papá se puso muy delicado y tuvieron que amputarle una pierna. Estuvo hospitalizado tres meses y, al salir, me lo llevé a mi casa. Los días, meses y años que siguieron fueron bastante pesados, pues papá fue una persona que nunca se resignó a su desgracia. Nadie quería hacerse cargo de él ni de Pepe, que quedó prácticamente desamparado. La estancia de mi padre en casa fue difícil, pues ligaba su desgracia conmigo y se pasaba maldiciendo el estar ahí. Mis bromas le molestaban. Me decía furibundo: “Estás loca”. Lo mismo me decía Fernando en ocasiones. Lo que nunca entendieron ambos fue que ello ha sido para mí el mejor de los pipos. Considero que el loco puede reír de las falsedades y miserias bañadas de oro. El loco puede hacer frente a los cuerdos sin ningún temor. La locura nos permite abrir la puerta a la mentira pa- ra que

se vaya, escupir la hipocresía y mostrarnos como realmente somos. Podemos hacer volar los prejuicios y exponernos al mundo sin careta; vestarnos de rojo en un velorio, en vez de llevar lágrimas falsas detrás de unos lentes oscuros. Un loco puede presumir de que es el dueño del sol, del mar, de las estrellas. Por ello, siempre he dado gracias a Dios por dejarme disfrutar de esta locura.

El 12 de diciembre de 1969 se me cumplió otra locura: le pedí a Dios con toda el alma que me dejara caminar. Después de las operaciones, era un tormento hacerlo. Cada corto espacio tenía que sentarme donde estuviera, hasta en las banquetas, para continuar mi camino. Le prometí a la Virgen de la Asunción, que si me concedía ese milagro, le edificaría una capilla. Afortunadamente en Nepantla había espacio y, además, yo ya ganaba con mis chachareadas lo suficiente, así es que me puse a la tarea de construirla. Mandé hacer la virgen, y cuando la fui a recoger en el coche para llevarla a su capilla, le reclamé: “Yo ya cumplí, te hice tu capilla. ¿Qué te pasa?, todavía no puedo caminar con este cansancio”. Llegué a casa, vestimos a la virgen, y con mechones de pelo de mi hija Ana Rosa le coloqué su cabellera. El 12 de diciembre mis hijos Renato y Ernesto hicieron la primera comunión en dicha capilla. Amenizaron la misa con guitarra y cantos mis hijos mayores. Fue en verdad una magnífica fiesta. Serví, atendí y trabajé como loca. Por la noche me percaté de que mis piernas no me dolían. Hoy puedo presumir que fue el más maravilloso de los milagros que he presenciado en mi vida.

Después me entró un gran deseo de hacer algo por la gente de Nepantla. Había pocos habitantes (700) y casi nadie, irónicamente, sabía leer. El pueblo estaba prácticamente abandonado: los niños sin escuela y enfermos. Todavía no llegaba la moda de Sor Juana. Los domingos comenzamos, mis hijas y yo, a enseñar a leer y escribir a varios niños. También nos dimos a la tarea de prepararlos para hacer la primera comunión. Llegué a tener hasta treinta o sesenta niños y niñas sentados en el jardín. Fernando me compraba piezas de tela, y a todas mis amigas del club les enjaretaba el compromiso

de hacerme uno o dos vestidos. Compraba flores en La Lagunilla, y mis hijos y sus amigos hacían coronitas para los velos. En ese entonces pasaba por Nepantla un tren que tenía como destino Cuautla y que salía de la estación de San Lázaro, en la ciudad de México. Como mi esposo se desocupaba hasta el sábado, yo me iba en el tren los viernes para preparar un día antes las ceremonias. Salía a las ocho de la mañana con mis hijos y, en ocasiones, cargando hasta la cabeza de un marrano para los tamales de los desayunos. También empecé a hacer kermeses en el atrio de la iglesia para recaudar fondos. La mujer araña era mi pobre hija Gaby. Invitaba a gente de México para que fueran a consumir y hacía volantes con croquis que repartíamos por todos lados. Un muchacho que tenía un grupo de música tocaba gratis. En la kermés rifaba hasta marranos, y todo lo que se ganaba iba para hacerle mejoras a la iglesia, que se estaba cayendo. Con lo que se recaudó, se compró un órgano y se construyó la sacristía.

Después me dediqué a buscar a los arrejuntados para casarlos. En Nepantla, como en muchos otros lugares, los hombres trataban a las mujeres como trapeadores y, por supuesto, a veces tenían dos y hasta tres. Caminaba por los cerros visitando a los que me decían que vivían en amasiato. Lo que más me importaba era que los niños no tuvieran una vida tan desgraciada. Despojé a muchas amigas de sus vestidos de novia que guardaban como preciado tesoro, y todas las mujeres se casaban con su traje nupcial; en la mayoría de los casos, detrás de la pareja iba el montón de hijos. Por ese entonces, doña Esther Zuno de Echeverría compró una casa por allá. Creo que esta señora me estimaba de verdad, pues viendo lo que hacía, dio orden en la presidencia de Tepetlixpa para que no me cobraran los matrimonios civiles.

En 1972 murió mi padre. Fue otro suceso que marcó mi vida. ¿Qué hacer con Pepe? La carga familiar siempre estuvo adherida a mis hombros. Quise que se fuera a vivir a mi casa, pero Fernando no aceptó, ello me provocó gran dolor, pues siempre lo he considerado como el mayor de mis hijos. Estaba tratando de encontrar una solu-

ción, cuando de pronto sonó el teléfono y un amigo de papá, que me estimaba mucho, llamó para ofrecerme un departamento que estaba cerca de mi casa. Su suegra había fallecido de un infarto y él había firmado contrato por un año. Una vez más Dios me escuchó y el problema quedó resuelto.

Algunos de mis hijos ya eran adolescentes, así que íbamos a Nepantla siempre acompañados de dos o tres de sus amigos. En vacaciones, la casa era un hormiguero. Mi hijo Fernando formó un grupo de música, quizá como herencia de su bisabuelo Sixto Batta. No cabe duda de que la música la lleva uno en las venas.

En Nepantla apareció una lúgubre noche una mujer vestida de blanco que asustó a todo el pueblo. Ese fantasma aún es recordado (sólo mi familia sabe que el espanto fui yo).

Los años de 1978 a 1983 me hirieron cruelmente. Me sentí pe-rro husmeando basureros para encontrar un mendrugo de amor. No hay dolor más intenso que el que causan los hijos. Me refugié en Nepantla a escribir versos y a pintar para disipar mi angustia. Esos cinco años, Melchor, Gaspar y Baltasar dejaron mis zapatos vacíos, excepto porque en septiembre de 1980 recibí un hermoso regalo: mi primer nieto, Gabriel, hijo de Carmen, mi hija mayor.

Aunque tuve muchos problemas con los hijos durante esos años, no dejé que se apagara mi alegría. No puedo negar que me sentía defraudada y abandonada, y que creía que había fracasado como madre. En esos momentos difíciles, Nepantla se convirtió en una de mis distracciones; me gustaba platicar con la gente del pueblo y escuchar sus historias, como aquella de Cristobita, como llamaba cariñosamente a Cristóbal, un hombre sencillo y humilde que se encargaba de cuidar la casa durante la semana. Teníamos un gallinero, y los domingos me llevaba cinco o seis huevos que, se-gún él, habían puesto las gallinas en ocho días. Molesta, un día me metí al gallinero y comprobé que había muchos más. Lo llamé y le dije: "Me mata hoy mismo a todas estas gallinas. Si no ponen huevos,

¿para qué las quiero?” A las dos o tres horas de este incidente, llegó su hija con una canasta rebotante y dijo: “Aquí le manda mi apá”. “¡Llámallo!”, le ordené. Al rato llegó Cristobita y le inquirí: “¿Qué pasó?” Y contestó: “Pos nada, que asté se puso a dar gritos delante de las pobres gallinas, que las mate, y se asustaron, y por eso pusieron hartos”. Aguantándome la risa le dije: “Pues biliosas y todo, me las mata”. Conmovida por su ingenuidad, después de un rato le dije que no lo hiciera.

Otro personaje inolvidable fue el Barbiquiu, don Chava, hombre mayor con una enorme barba que Fernando contrató como ranche-ro. Era una persona muy peculiar que desde que llegó ahí empezó a fabricar su cajón de muerto. Él era conocido de Fernando y, aunque tenía su dinerito, era un avaro. Un día se lo encontró por casualidad, y al platicarle del ranchito de Nepantla se ofreció a echarlo adelante. Así fue como llegó allá.

Para entonces Fernando había comprado unos cerdos. A una de las primeras marranas que tuvimos la bautizó con el nombre de Clo-rofila. Fue el gran amor de Fernando, mi esposo. Creo que la quiso más que a mí. Un día decidimos hacer carnitas para una co-mida que teníamos, aprovechando que ya había muchos cerdos. El Barbiquiu dijo que sabía matar cerdos, así que muy temprano se levantó con su cuchillo y escuchamos ladridos de perros, chillidos de marrano y gritos humanos. Salimos de la casa despavoridos; el espectáculo era grotesco: el marrano herido corría, don Chava, cojeando, iba tras él, pues casi le había roto la pierna de una patada. Al fin lo pescó, lo amarró de un árbol y fue por el rifle. Sin piedad fusiló al cerdo en medio de los llantos de mis hijos y mis gritos. Nadie de la casa quiso comer carnitas.

Era divertido escuchar sus extrañas historias, algunas bastante extrañas. Contaba que su suegra estaba muy grave y que su esposa tenía un embarazo peligroso, ya que era el último de sus nueve hijos. La suegra falleció y el doctor le sugirió que no le diera la noticia a su esposa descarnadamente, pues sería peligroso. Entró a la recámara

de su mujer y a bocajarro le preguntó: “¿A quién quieres más, Margarita, a tu papá o a tu mamá? La pobre enferma contestó: “A los dos, ¿por qué?” Y él, impávido, dijo: “Porque acaba de morir tu mamá”. Lógico, la pobre Margarita se puso grave y el niño nació muerto. Velaron toda la noche a la suegra, y cuando la llevaban a sepultar, don Chava, con sollozos entrecortados, pidió a los enterradores que le permitieran despedirse de su suegra, pues la quería como a una madre. Les suplicó lo dejaran un momento solo con ella. Con sonrisa de oreja a oreja decía: “Metí entonces al recién nacido en la caja. Me ahorré el acta de defunción del niño. De lo único que tenía miedo era de que al abrir la cripta, cuando mi suegro murió poco tiempo después, descubrieran dos cuerpos en vez de uno. Pero no hubo tal, pues ni los huesitos quedaron; hasta la cobijita se desbarató”.

En su casa él guisaba. Si el jitomate estaba caro, le ponía por recaudo betabel. Tenían once petates paraditos en una esquina de la recámara principal, y por las noches los tiraban al suelo para dormir.

Una tarde me platicó que cuando vivía en la ciudad de México tenía por costumbre ir al templo de San Felipe, que está en el Centro Histórico. Una vez se acomodó en una banca, junto a una distinguida dama enguantada y perfumada que “parecía una virgen”, casi levitaba. Estaba absorto en los rezos y la meditación, cuando un olor nauseabundo lo sacó de su éxtasis. Todos los que estaban a su alrededor empezaron a mirarlo con ojos de repulsión y escuchó cuando alguien masculló entre dientes: “Viejo cochino”. La dama y don Chava, por desgracia, estaban juntos. Ella también lo miró con ojos acusadores, y tragándose su rabia tuvo que quedarse, ante los ojos de todos los ahí presentes, como el más vulgar de los pedorros silenciosos. Desde entonces no volvió a San Felipe, y cuando ve una endomingada perfumada, huye.

Me decía que había inventado la palabra arcorizada cuando, en una ocasión, miró a su esposa dormida, y la vio tan hermosa que se contuvo para no estrangularla. Esas historias me gustaban.

El 19 de septiembre de 1985 viví una de las experiencias más

desagradables de mi vida, ya que además de ser testigo de tantas desgracias, lo fui de los abusos que se cometieron con la gente que las vivió.

Mi hermano Alfredo se quedó sin casa. Él, su esposa y sus cinco hijos se vinieron a vivir con nosotros como damnificados. Vi a mi alrededor cómo gente y autoridades sin escrúpulos hicieron de aquella tragedia un gran negocio. Mi indignación fue mayúscula y decidí utilizar los retablos como una forma de denuncia. Empecé a retratar a los políticos y autoridades, ridiculizando sus discursos y sus mentiras. Uno de los primeros fue precisamente el presidente Miguel de la Madrid.

Entre otras cosas, supe que la esposa del presidente de Celaya vendía los quesos que estaban destinados a los damnificados. Vi cómo una conocida se enriqueció con los sleepings y las tiendas de campaña que mandaron los franceses, y muchas cosas más. La rabia me invadió, así es que utilizando el lenguaje de la gente del pueblo, que se dirige a los santos devotamente para pedirles un milagro, inventé un personaje que, hasta la fecha, se llama "Juan Pueblo".

Empecé a mostrar los retablos sólo a mis parientes y amigos. Gra-cielita Garduño se reía a carcajadas de mis ocurrencias. En ese tiempo yo tomaba clases en la Casa del Lago con la pintora Herlinda Sánchez Laurel, artista de talento extraordinario y amiga incomparable. Un día le llevé uno que le había hecho a ella, y le gustó, aunque demostró lo contrario pues estaba cargado de ironía.

Mi hijo Renato ya hacía sus pininos como gran pintor y me sugirió que se los llevara a Tomás Mojarro. Yo no tenía ni idea de quién era; me explicó y decidí hacer una cita. Él trabajaba en Radio Universidad, así que lo llamé y ofreció recibirme. Recuerdo que llegué temblando y con mi paquetito bajo el brazo. Mojarro ya iba de salida y se topó conmigo. Le dije que era la persona a la que le había dado cita y me preguntó:

—¿Quién es usted?

—Una ama de casa —dije asustada.

—¿Qué quiere?, dígame rápido —dijo con brusquedad.

Lo vi tan molesto que tímidamente le contesté:

—Si quiere, me voy.

—Le doy cinco minutos —agregó impaciente.

Entramos a su despacho, y los cinco minutos se convirtieron en dos horas. Me pidió que le llevara tres retablos cada semana para mostrarlos en un programa de televisión que hacía en Jalapa. Por mi parte, desde ese día lo bauticé cariñosamente como “el hígado con patas”, y finalmente nos hicimos amigos.

Por mi parte, decidí olvidarme de pintar bodegones, ventanas y floreros y comencé a hacer aquellos retablos tradicionales que veía en las iglesias cuando niña. Pinté primero, de manera irónica, a toda la familia, pero me dio pena y los escondí.

He puesto al menos veinte exposiciones tanto en la ciudad de México como en el resto de la República, pero lo que más disfruto es ver cómo hacen reír a los que los miran.

Por esas fechas tuve también penas muy grandes. Mi hijo menor, Ernesto, tuvo un terrible accidente. Yo experimenté otra de mis premoniciones. Se estrelló en el periférico, y cuando la Cruz Roja llegó, estaba tan mal que no quiso recogerlo, por lo que se lo llevó la Cruz Verde. Desde las tres de la tarde estuvo inconsciente y prácticamente muerto en el hospital de Xoco. Yo pasé toda la tarde y la noche angustiada, pues no sabía por qué no llegaba a casa. Finalmente el cansancio me venció y me quedé dormida. En sueños lo miré ensangrentado y con la cara deshecha. Al mismo tiempo escuché su voz que gritaba: “Mamá, ya vine”. Me levanté e inútilmente busqué por toda la casa. En seguida sonó el teléfono, eran veinte para las tres de la mañana. Una persona me dijo: “Hace diez minutos despertó un muchacho accidentado y dio este número de teléfono”. Estoy absolutamente convencida de que escuché a mi hijo cuando Dios lo dejó volver a vivir, después de oír mis ruegos. Los médicos dijeron: “Este muchacho prácticamente nació dos veces”.

Después de esos años difíciles, Dios sigue apapachándome, pues todos mis hijos son hoy hombres y mujeres responsables, buenos y triunfadores. Cada uno de ellos ha destacado en lo que ha decidido hacer. Yo, por mi cuenta, sigo pintando; no soy muy buena, pero a diario me digo que el trabajo enaltece y que la ociosidad destruye y mata.

No puedo pedirle más a la vida: siete hijos, pues Pepe es como si lo fuera, y otros muchos postizos que me dicen que soy como su madre; veinte nietos y una bisnieta; un marido que fue un buen hombre y al que sigo unida después de cuarenta y nueve años; hermanos que fueron maravillosos, y muchos, pero muchos amigos.

Como ya dije, el sufrimiento y yo hicimos un convenio: yo lo soporto y él me da chance de sufrir a mi manera. Quizá la psicología lo llame "masoquismo puro", pero sé de lo que hablo.

Hace dos años me operaron un ojo y quedé mal. El doctor me dijo que si no me trasplantaban una córnea no volvería a ver bien jamás. No acepté, y como niña de escuela que repite una plana, todos los días, durante semanas y meses me dije: "Tengo que ver". ¿Será una blasfemia? Le ordené a Dios que me dejara ver y ahora veo, como cuando me pasaba la noche debajo de la cama, a escondidas de mamá y con una vela, devorando un libro.

En estos momentos Fernando está muy enfermo. Nada se puede hacer. Se está perdiendo en el túnel más tenebroso que existe: la falta de memoria. Cuando me siento impotente, metida en una enorme caja y amarrada con mecates y nudos, sacudo desesperadamente mi angustia, la sofoco con mi eterno ajetrear de cazuelas, guisos y galletas para el que llegue a visitarme. Hago pasteles para regalar o voy a nadar. Estrujo mi memoria, escribo, pinto mis retablos y expongo en ocasiones. Abrazo las nubes o el sol mientras me río de mis locuras. Me atrevo a tirar telebrijos, pues creo que es más sano que desmoronar afectos.

Seguiré hasta el final mientras tenga vida, de pie, aparentando

fortaleza, aun cuando me esté desgajando. Mi rebeldía crepita bajo mis pasos como cristales rotos, queriendo justificar que tuve la razón; no quiero ahogarla ni aplastarla. Todos en la vida tenemos una cruz que cargar, el secreto es saber cargarla con alegría y amor, y sé que mi rosal todavía tiene tiempo de dar no sólo espinas, sino rosas.

No soy dada a almacenar nostalgias, sin embargo en ocasiones abro las puertas del pasado. Levanto la tapa del arcón donde tengo amontonada mi niñez y juventud, y contra mi voluntad me de-claro anciana. Quiero prepararme para hacer la caída lenta, no quiero ser materia oxidada en un rincón; todo sin prisas ni atro-pellamientos.

Quiero seguir siendo una soñadora empedernida, una idealista, y conservar el buen humor y la ironía que me permite burlarme del dolor y el sufrimiento.

Mi eterno trajinar. ¿Será una válvula de escape o un temerario golpe a mí misma? Nunca lo sabré.

Platico con las cebollas, me peleo con los nopales o insulto a mis zapatos porque me duelen los pies. Miro las nubes y le doy gracias a Dios por permitirme ser.

Cada día de la vida puede ser un comienzo al tratar de encontrar un descubrir eterno, borrasca de sentimientos, tempestad de sueños y recuerdos, luz que da fuerza en la penumbra de un atardecer cargado de nostalgia; lluvia que fortalece en el desierto, sal que asfixia en la neblina de abandono que la impide ser.

A diario al levantarme miro al infinito, cierro los ojos y juego y sueño que soy inmensamente feliz.

Lo único que deseo es saborear cada minuto de mi existencia, no importa que sea amargo, porque todo es vida; sentir es vivir, es ser... sobre todo... SER.